



Universidad de Huelva

FACULTAD DE HUMANIDADES

GRADO EN HISTORIA

TRABAJO DE FIN DE GRADO

KATHERINE STUBBES:

EL MODELO DE PERFECTA MUJER REFORMADA

KATHERINE STUBBES:

THE MODEL OF THE PERFECT REFORMED WOMAN

Alumna: M^a Dolores Catalán Cruz

Dirigido por: M^a Luisa Candau Chacón

Convocatoria de Junio

Fecha de presentación: 29/06/2015

RESUMEN

Con el aumento de la influencia en numerosas disciplinas de la investigación sobre las mujeres y el género, y tras el desarrollo de la historia de las mujeres en las últimas décadas del siglo XX, las mujeres han ido recuperando su condición de sujeto histórico. En relación a ello, uno de los temas de investigación que mayor interés ha alcanzado es el relacionado con los modelos y los discursos normativos. Para realizar dicha investigación se cuenta con varios tipos de fuentes, entre ellas las literarias, destacando las biografías y autobiografías.

El presente trabajo tiene por objeto el abordar el modelo de perfecta mujer reformada, siempre a ojos del varón, en el contexto de la Inglaterra anglicana y puritana, a través del caso particular de Katherine Stubbes, representada como el ideal de mujer en la biografía que de ella escribió su marido, el puritano Philip Stubbes. Esta biografía, titulada “*A crystal glass for Christian women*” (Londres, 1591) es uno de los libros de conducta más conocidos de la Inglaterra isabelina.

Palabras clave: Modelos y estereotipos, Mujer reformada, Historia de las mujeres, Philip Stubbes, Katherine Stubbes, Iglesia Reformada de Inglaterra, Puritanismo, Anglicanismo, siglo XVI.

ABSTRACT

With the increase of influence over a large amount of disciplines of the investigation about women and gender, and after the development of the history of women during the last decades of the XX century, the women have been regaining their status as historical subjects. In relation to that, one of the topics of investigation that has achieved greater attention is the one connected with the models and the normative discourses. To conduct said investigation we rely on several types of sources, among which are the literary ones, especially biographies and autobiographies.

The present work is aimed to address the model of the perfect reformed woman, always from the point of view of the men, in the context of the anglican and puritan England, through the particular case of Katherine Stubbes, presented as the ideal woman in the biography that her husband, the puritan Philip Stubbes, wrote about her. This biography, titled “*A crystal glass for Christian women*” (London, 1591) is one of the most well known conduct books of the elizabethan England.

Key words: Models and stereotypes, Reformed woman, History of women, Philip Stubbes, Katherine Stubbes, Reformed Church of England, Puritanism, Anglicanism, XVI century.



Universidad
de Huelva

FACULTAD DE HUMANIDADES

ANEXO II

DECLARACIÓN DE HONESTIDAD ACADÉMICA

El/la estudiante abajo firmante declara que el presente Trabajo de Fin de Grado es un trabajo original y que todo el material utilizado está citado siguiendo un estilo de citas y referencias reconocido y recogido en el apartado de bibliografía. Declara, igualmente, que ninguna parte de este trabajo ha sido presentado como parte de la evaluación de alguna asignatura del plan de estudios que cursa actualmente o haya cursado en el pasado.

El/la estudiante es consciente de la normativa de evaluación de la Universidad de Huelva en lo concerniente al plagio y de las consecuencias académicas que presentar un trabajo plagiado puede acarrear.

Nombre M^{ra} Dolores Catalán Cruz

DNI 48938193 N

Fecha 29/06/2015

Firma 

ÍNDICE

1. Introducción, Objetivos y Metodología.....	7
2. Biografía de Philip y Katherine Stubbes	12
3. Estado de la cuestión	17
4. Análisis	22
4.1. Amor por la palabra de Dios.....	23
4.2. Relaciones conyugales.....	25
4.2.1 El marido como consejero	25
4.2.2. La esposa como soporte del marido	27
4.3. Relación paradójica entre silencio y elocuencia.....	28
4.4. Lejos del mundo	30
4.5. La unión con Dios	32
4.6. Su confesión de fe	34
5. Conclusiones.....	36
6. Bibliografía.....	39
7. Anexos.....	41

She followed the commandement of our savior Christ who biddeth us to search the scriptures for in them we hope to have eternal life. She obeyed the commandement of the Apostle, who biddeth women to be silent, and to learn of their husbands at home.

(STUBBES, P.: *A crystal glass for Christian women*; London, R. Jhones, 1592.)

1. INTRODUCCIÓN, OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

El presente trabajo consiste en el análisis y comentario de la obra *A crystal glass for Christian women* (“Un espejo para las mujeres cristianas”), si bien no en su totalidad, que fue publicada originalmente en Londres en 1591 y cuya autoría corresponde a Philip Stubbes, conocido puritano en la Inglaterra isabelina.

Se trata de la biografía idealizada de Katherine Stubbes, escrita tras su muerte por su esposo, cuyo ejemplo fue utilizado como modelo a imitar para las mujeres de su época. Nos encontramos ante un caso de *conduct book* o libro de conducta cuyo objetivo consistía en educar socialmente al lector y adoctrinarlo; en este caso, a las mujeres. Ni los católicos ni los reformados anglicanos o puritanos redactaban manuales sin distinguir estados, pues sabían que sus públicos habían de serlo de manera selectiva¹.

Destacan en el mundo católico, entre los autores españoles de libros de conducta, Juan Luis Vives (1492-1540), quien marcaría estilo junto con Erasmo, y Fray Luis de León (1527/8-1591), autor de *la perfecta casada*. En el mundo reformado, entre los autores ingleses del XVI, se ha de señalar a Henry Bullinger, Thomas Salter y Thomas Becon, además del ya mencionado Philip Stubbes.

Al tiempo de la publicación de *A crystal glass*, este tipo de obras tenía ya una larga trayectoria en el mundo protestante, conectando la literatura de este periodo con la bajomedieval. De hecho, *A crystal glass* se debe en parte a la tradición de la hagiografía, es decir, la historia de las vidas de santos. Sin embargo, dicha obra resulta excepcional, puesto que es una de las representaciones más tempranas de la vida de una persona ordinaria —alguien que no era ni parte de la realeza, ni un santo, ni un mártir, usuales protagonistas de las obras precedentes de las que *A crystal glass* es heredera— en aparecer en forma de un texto narrativo autónomo. Aun sin tratarse de una autobiografía, *a christal glass* establecería la estructura y la intención del que sería el discurso autobiográfico del siglo XVII².

¹ CANDAU, M.L. (Ed): *Las mujeres y el honor en la Europa moderna*; Huelva, Universidad de Huelva, 2014, P. 31.

² MASCUCH, M.: *The Origins of the Individualist Self: Autobiography and Self-Identity in England, 1591-1791*; Cambridge, Polity Press, 1997, Capítulo 3.

La biografía de Katherine Stubbes es, además, un excelente ejemplo del *ars moriendi* (el arte de morir: textos escritos en latín que contenían consejos sobre cómo morir de acuerdo a los preceptos cristianos) en este caso protestante³. De hecho, esta obra representó una novedad en la tradición del *ars moriendi* en Inglaterra, puesto que Stubbes hizo énfasis en la experiencia personal, con el uso de supuesto material biográfico como vehículo para la doctrina “abstracta”⁴.

La enorme popularidad del trabajo de Stubbes atestigua la efectividad de su innovación. Tras su publicación, *A crystal glass* se convirtió en uno de los ‘chapbooks’ (un tipo particular de folleto de tamaño bolsillo muy demandado desde el siglo XVI hasta finales del XIX) más populares. Hacia 1700, existían ya, al menos, treinta y cuatro ediciones impresas, veintiocho de las cuales eran anteriores a 1650. Claramente, el libro fue un superventas entre la gentry y los mercaderes ricos de Londres⁵. *A crystal glass for Christian women* es una obra que no puede entenderse sin atender a su contexto histórico. El momento de su publicación está marcado por un emergente calvinismo y por la expansión de la impresión barata⁶, hechos ambos que propiciaron su éxito.

Dentro del contexto de la Reforma, no hemos de perder de vista que el caso inglés es especialmente singular. El anglicanismo, en un principio asociado a la voluntad de Enrique VIII de anular su matrimonio con Catalina de Aragón, evolucionó, de forma lenta, desde el cisma disciplinar de 1534 hasta la afirmación plena de un modo particular de iglesia protestante, en 1559⁷. Enrique VIII reguló, con apoyo del Parlamento, la doctrina y la liturgia de la iglesia de Inglaterra con una calculada ambigüedad, pues, aunque rebelde a Roma, continuó siendo profundamente anti-protestante, tal como previamente había manifestado en su *Afirmación de los siete sacramentos* (1521) contra Lutero, por lo que obtuvo el título de *Defensor Fidei*, otorgado por León X. Por tanto, no sería hasta la llegada al trono de su hijo, Eduardo VI (1547-1553), cuando los elementos más claramente protestantes pudieron lícitamente avanzar en el sentido de la auténtica Reforma doctrinal⁸, produciéndose cambios litúrgicos evidentes. Pero este reinado fue breve y, tras un nuevo cambio en el trono,

³ WALSHAM, A.: "Stubbes, Philip (b. c.1555, d. in or after 1610), pamphleteer"; Oxford; Oxford University Press; 2004.

⁴ MASCUCH, M., Op. cit. Capítulo 3.

⁵ *Ibidem*.

⁶ MELNIKOFF, K. Y GIESKES, E.: *Writing Robert Greene: Essays on England's First Notorious Professional Writer*; Hampshire, Ashgate Publishing, 2008, P. 156.

⁷ FLORISTAN, A. (coord.): *Historia Moderna Universal*; Barcelona, Ariel, 2002, P. 94.

⁸ *Ibidem* P. 95.

María I Tudor (1553-1558) trató de restaurar el catolicismo en Inglaterra, restableciendo la autoridad pontificia y reanudando relaciones con Roma, pero no hubo tiempo para que el proyecto restaurador pudiera profundizar. Sí lo hubo, sin embargo, para la represión, a pesar de que se aconsejó prudencia a la reina: 273 personas fueron ejecutadas. Esto quedó grabado en la memoria colectiva de los ingleses y, si, hasta ese momento, asociaban la causa protestante al expolio de las iglesias y a la anarquía religiosa, ahora empezaban a verla como modelo de virtud y de resistencia nacional frente a la tiranía “papista”, iniciándose en la Europa continental una corriente literaria en el exilio: los martirologios anglicanos y puritanos, que magnificaron la represión⁹. Tras la muerte de María I, comenzaría el largo gobierno de Isabel I (1558-1603), período de afirmación del anglicanismo como una variante de la Reforma protestante.

La propia Isabel Tudor habría de hacer frente a importantes críticas sobre todo en sus años finales; en efecto, éstas proliferaron desde el ámbito protestante, básicamente dirigidas hacia el modelo eclesial establecido a comienzos del reinado y defendido celosamente por la reina. Los críticos fueron denominados “puritanos” porque trataban de purificar la Iglesia de los residuos papistas. El puritanismo no debe considerarse una doctrina contraria al anglicanismo, sino un movimiento multiforme dentro de la Iglesia anglicana, con unas bases sociales muy diversas, que buscaba una piedad y una organización eclesiástica más en consonancia con las directrices calvinistas. No se trataba de diferencias teológicas (salvo las referidas a las formas presenciales de Cristo en la Eucaristía) ya que la Iglesia de Inglaterra, en tales años, aceptaba la doctrina calvinista de la predestinación. Las pretensiones básicas de los puritanos eran depurar la liturgia para adecuarla al modelo reformado e incrementar la instrucción doctrinal y la disciplina moral en las parroquias, a costa de la pérdida de influencia del poder de los obispos¹⁰. En el norte, en Escocia, y conocidos como presbiterianos, se enmarcaba una confesión próxima al puritanismo, pero más avanzada en cuanto a las formas eclesiológicas; pretendían acabar con la estructura eclesiástica de tipo medieval y configurar una nueva siguiendo el modelo calvinista.

Dado el éxito que *A crystal glass for Christian women* obtuvo como libro de conducta, resulta indudable el valor que esta obra tiene para conocer, de primera mano,

⁹ EGIDO LÓPEZ, T.: *Las Reformas Protestantes*; Madrid, Editorial Síntesis, 1992. ZAGORIN, P.: *Revueltas y revoluciones en la Edad Moderna*; Madrid, Cátedra, 1986.

¹⁰ FLORISTAN, A., Op. Cit. P. 213.

los valores imperantes en la sociedad inglesa posterior a la Reforma, concretamente en lo referente al modelo de mujer.

Con este trabajo se pretende, por tanto, conocer cuál era el ideal de mujer en la Inglaterra protestante y cuál la visión que los hombres tenían de ellas, a partir del caso concreto de Katherine Stubbes, cuya vida y muerte serán narradas a través de los ojos de un esposo puritano. Este es, en definitiva, nuestro objetivo: profundizar en el testimonio escrito —de enorme valor— que Philip Stubbes proporciona, y hacerlo además en castellano, facilitando así la comparación del modelo de mujer protestante con el católico. Hemos de señalar que, para conseguirlo, ha sido necesaria una labor previa de traducción, pues no existía una versión (ni total ni parcial) en español.

A crystal glass for Christian women se divide en tres partes: *the godly life of mistress Stubbes* (“la piadosa vida de la señora Stubbes”), *her confession of faith on her death bed* (“su confesión de fe en el lecho de muerte”) y, por último, *her temptation by Sathan at the houre of her death* (“su tentación por Satán en la hora de su muerte”), de entre las cuales abordaremos la primera.

En cuanto a la **metodología**, el primer paso para la elaboración del presente estudio fue la transcripción (respetando la grafía inglesa original) y traducción de la primera de las partes que componen *A crystal glass*, a partir del documento original, siguiendo la edición de 1592. Es por tanto ésta la fuente principal de la que deriva el trabajo, no estando basado en ninguno anterior, y no existiendo traducción previa del documento, —con la excepción de pequeños fragmentos, utilizados en diversas obras a las que más adelante haremos referencia— lo cual llama la atención considerando el valor que *A crystal glass* tiene para el estudio de la historia de género en los espacios reformados, pese a no hallarse los espacios hispanos en su radio de acción; de momento. Esto fue lo que motivó la elección de este tema como Trabajo Fin de Grado, unido a la posibilidad de realizar un trabajo en gran medida original —lo que resultó determinante a la hora de tomar la decisión—, y al marco cronológico y cultural en que se encuadra.

Una vez finalizada la traducción, tuvo lugar un proceso de recopilación y selección de información a través de fuentes bibliográficas, expuestas como corresponde en el apartado de este trabajo dedicado a la bibliografía, indispensables para realizar el análisis de la obra. La bibliografía analizada, mayoritariamente en lengua inglesa, ha sido obtenida tanto de bibliotecas como *on line*, siendo ésta la primera y principal labor en este proceso, pues hemos contado con muy escasas aportaciones en castellano. Finalmente, hemos agrupado por temas los aspectos más

relevantes de la obra analizada, a fin de realizar un estudio comparativo, contextualmente, con otras obras de su tiempo, en función de los argumentos seleccionados. Y presentamos, en fin, un índice en donde se demuestra que los capítulos más interesantes en este trabajo están relacionados con lo que se entendía como funcionalidad básica de las mujeres reformadas, habida cuenta la ausencia del estado “de religión”. Su conducta en relación con Dios, de un lado, con el esposo, de otro: tal era o habría de ser la proyección de la perfecta mujer reformada. A ello responden los títulos contenidos en el índice elaborado.

La metodología expuesta refleja claramente cuáles son los **objetivos** de este trabajo, ya citados a lo largo de estas páginas. Resumiremos los principales:

- 1) El análisis de la vida del autor, en la medida en que las fuentes lo permitan, y sus incidencias o influencias en la obra seleccionada.
- 2) La imagen de la mujer ideal, representada en la creación literaria de Katherine Stubbes.
- 3) El análisis comparativo de tal modelo de mujer reformada con el ya conocido de la perfecta casada del agustino Fray Luis de León, editado unos años antes.

Expuestos método y objetivos, pasaremos a presentar el análisis en cuestión, si bien hemos considerado de interés didáctico y aclaratorio el exponer previamente algunas notas referentes a la biografía, real, de los protagonistas: el matrimonio Stubbes.

2. BIOGRAFÍA DE PHILIP Y KATHERINE STUBBES

Philip Stubbes nació en 1555, durante el reinado de Mary I. La fecha de su muerte no se sabe a ciencia cierta, aunque se considera que debió haber fallecido en el año 1610 o posteriores. Nativo de Cheshire (condado situado al noroeste de Inglaterra), su familia probablemente procedía del área de Congleton (uno de los ocho municipios del condado), donde el apellido Stubbes era común y donde, antes de 1586, parece que él mismo poseía una vivienda multifamiliar en el centro urbano.

En sus trabajos publicados, Philip Stubbes se refería a sí mismo como caballero, aunque no está del todo claro si esta denominación era meramente una pretensión literaria y social. Se ha sugerido que estaba emparentado con el panfletista John Stubbs, autor de *The Discoverie of a Gaping Gulf whereunto England is like to be swallowed by another French Marriage, if the Lord forbid not the banns, by letting her Majesty see the sin and punishment thereof*¹¹ (1579), en donde argumentaba contra la posibilidad de que Isabel I contrajese matrimonio con el pretendiente francés, pero estas sugerencias son probablemente erróneas¹².

Sabemos que, siendo aún menor de edad, Stubbes estuvo empleado como lector lego en su parroquia local. Educado en Cambridge, su carácter, descrito como inquieto e impulsivo (*restless hothead*), se manifestará en sus continuos viajes y cambios de residencia, abandonando tal Universidad. Tras varias escalas por el país, se asentaría —según su propia versión— en la ciudad de Oxford, en donde dice permanecer una temporada: no nos constan registros de su paso por la Universidad del mismo nombre¹³.

Su carrera como autor semi-profesional parece haber comenzado en la década de 1580s. A finales de esos años, testimonios de otros escritores como Gabriel Harvey y Thomas Nashe ya lo reconocían como uno de los *common pamphletters* de Londres, agrupándole en esa categoría junto con William Elderton, Thomas Deloney, y otros compositores o vendedores de composiciones poéticas denominadas baladas. Con lo cual, parece claro que ya se habría ganado cierta reputación como escritor¹⁴.

Su primera publicación fue una balada: *A fearefull and terrible example of Gods iuste iudgement executed vpon a lewde Fellow, who vsually accustomed to sweare by Gods Blood* (“Un ejemplo temible y terrible del justo juicio de Dios sobre un individuo

¹¹ Con tal título y grafía en el original

¹² WALSHAM, A., Art. cit.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ *Ibidem*.

lascivo, que acostumbraba normalmente a jurar por la Sangre de Dios”). Trataba del juicio divino que había caído sobre un blasfemo habitual de Lincolnshire, y sabemos que fue reimpresa en 1581, habiendo sido publicada originalmente probablemente el mismo año, junto al segundo trabajo de Stubbes, otro cuento de objetivo igualmente moralizante, basado en la historia de una tal Joan Bowser, de Donington (Leicestershire), bajo el título: *Two wonderfull and rare examples of the undeferred and present approaching iudgement of the Lord our God* (“Dos ejemplos maravillosos y poco comunes del juicio que se acerca sin demora del Señor nuestro Dios”).

De carácter moralista y religioso, los otros trabajos de Stubbes son igualmente típicos de la producción de los escritores de Londres. Incluían una *jeremiad* (larga queja o lamento acerca del estado de la sociedad y sus valores) titulada *A View of Vanitie* (“una vista de la vanidad”), y *Allarum to England* o *Retrait from Sinne* (“advertencia a Inglaterra o retrato del pecado”), editada en 1582; la chovinista *The Intended Treason of Doctor Parrie* (“la intencionada traición del doctor Parrie”) y un fiero ataque anti católico titulado *The Theater of the Popes Monarchie* (“el teatro de la monarquía de los papas”) ambas obras de 1585; dos pequeños volúmenes de meditaciones y rezos: *The Rosarie of Christian Praiers and Meditations* (“el rosario de las plegarias y meditaciones cristianas”) de 1583, del que ya no existen copias, además de *A Perfect Pathway to Felicitie* (“un perfecto camino a la felicidad”) del año 1592¹⁵.

El libro más conocido de Stubbes es *The Anatomie of Abuses* (“Anatomía de los abusos”) de 1583: una colorida diatriba contra las modas contemporáneas, las costumbres y los pasatiempos, que llamaba a una rápida “reforma de modales y enmienda de vida” (*reformation of maners and amendement of lyfe*) a fin de evitar la ira de Dios. El éxito instantáneo de este libro (antes de 1595 se habían publicado ya cuatro ediciones) le indujo a producir una secuela subtitulada *The Display of Corruptions* (“La exposición de las corrupciones”), un análisis de los vicios de varias profesiones y estados.

The Anatomie of Abuses le valió una perdurable reputación como puritano, si bien Stubbes ciertamente no cumplía todos los requisitos del puritanismo más calvinista, ya que defendía incondicionalmente la Iglesia establecida y el oficio de obispo

¹⁵ *Ibidem*.

En cuanto a Katherine Stubbes, la información que nos ofrece *A crystal glass*, es bastante escasa, puesto que, tal como la narrativa la representa, el drama de su muerte aparece como el evento central de su vida. Se proporcionan algunos detalles acerca de su familia y su comportamiento piadoso y propio de una buena esposa, pero estos sirven como un preludio de su muerte.

En la obra escrita por su esposo, la señora Stubbes queda retratada como la mujer perfecta, y es idealizada hasta quedar convertida en el espejo en el que el resto de mujeres debían mirarse. Su experiencia fue estructurada para adoctrinar a otros, con lo cual la tarea de diferenciar a la persona histórica de Katherine Stubbes del parangón en el que se convirtió, diferenciar a la Katherine real de la imaginada, resulta muy compleja. Aun así, trataremos a continuación de ampliar la información aportada por su esposo.

La joven señora Stubbes, de soltera Emmes, era la hija de una mujer holandesa de nombre desconocido, y de William Emmes, ciudadano libre de la ciudad de Londres y comerciante de zapatos de cuero suave y otros artículos de lujo, elaborados con este material, que pertenecía a la parroquia de st Dunstan-in-the-west. Así pues, su familia era de extracción social media, pero de ingresos elevados.

En septiembre de 1586, Philip Stubbes fue autorizado a contraer matrimonio con Katherine Emmes¹⁶, a quien doblaba la edad, pues por entonces ella contaba solo con quince años, una edad ciertamente temprana para aquellos tiempos, según los estudios históricos referentes a la familia y la demografía histórica (A finales del siglo XVI las jóvenes se casaban, en promedio, a los 20 años, pasando aproximadamente a 22 o 23 a finales del XVII y en el XVIII¹⁷). Su fecha de nacimiento exacta es incierta, aunque sí conocemos que pudo producirse entre 1570 o 1571, habiendo fallecido con diecinueve años en 1590, tras apenas cuatro de convivencia con su esposo, con quien, tras contraer nupcias, se había mudado al pueblo de Burton, junto al río Trent, en Staffordshire. También en Burton fue enterrada Katherine. Siete meses después aparecería editada en Londres su biografía¹⁸.

El matrimonio había tenido lugar poco después de la muerte del padre de Katherine, hombre involucrado en el comercio, pero de buena consideración y estima social, a ojos de los londinenses de su tiempo.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ STONE, L.: *Familia, Sexo y Matrimonio en Inglaterra 1500-1800*; México D. F., Fondo de Cultura Económica México, 1990, P. 33.

¹⁸ STUBBES, P.: *A crystal glass for Christian women*; Londres, R. Jhones, 1591.

En ese momento, Stubbes había ganado ya cierta notoriedad gracias a su *The Anatomie of Abuses*, anteriormente mencionada. Seguramente fue la muerte de William Emmes lo que precipitó el matrimonio, pues Katherine era la única hija entre sus hermanos, además de la más joven con la excepción de uno de ellos. A pesar del carácter impetuoso de Philip Stubbes, su clamorosa y conocida piedad debió darle a su familia política alguna seguridad. Para el no tan joven Philip, este enlace resultaba beneficioso en términos económicos, pues al parecer Katherine había recibido cierta herencia. Tanto es así que algunos de sus contemporáneos sugirieron que Stubbes se habría insinuado de manera desvergonzada a la joven, siguiendo sus intereses económicos, a fin de conseguir sus afectos (*cynically insinuated himself into the young heiress' affections*¹⁹) y con ellos su herencia; el rumor y los comentarios procedentes de otros escritores hacen suponer opiniones interesadas en un mundo que se nos refleja claramente competitivo.

De acuerdo con el relato de su vida realizado por su marido, Katherine fue “un perfecto modelo de verdadera cristiandad” y “un espejo de feminidad”, es decir, de las cualidades apropiadas y representativas de ser mujer. Era modesta, virtuosa y lectora ávida de las Escrituras, llegando a profetizar su propia muerte, que se produjo debida a las complicaciones que siguieron al nacimiento de un hijo. Finalmente, Katherine Stubbes falleció después de hacer confesión de su fe protestante y tras combatir —según el discurso, heroicamente— las tentaciones de Satán.

En cuanto a este hijo al que hacemos referencia, los registros parroquiales de St Modwen, en Burton, confirman el bautismo de John Stubbes el 17 de noviembre de 1590 y el entierro de Katherine el 14 de diciembre²⁰.

Dos años después de editada la biografía de la esposa, en 1593, Philip Stubbes estaba ya viviendo de nuevo en Londres, desde donde partió a un viaje de tres meses por Inglaterra a caballo; ¿las razones?: él mismo considera la necesidad de su aclaración y, así, añade, entre otros objetivos, que lo hizo para familiarizarse con “los modales y disposiciones de la gente” (*the manners and dispositions of the people*, en palabras del propio Stubbes) y para inspeccionar escuelas, hospicios, carreteras y otros monumentos erigidos por benefactores privados. Su recorrido, que en principio puede parecer como de fines asistenciales o benéficos, queda completado en sus reflexiones posteriores, pues este viaje sería emprendido, según sus palabras: “parcialmente por mi placer y recreo

¹⁹ WALSHAM, A., Art. cit.

²⁰ *Ibíd.*

privado” y “parcialmente para evitar la peste” (en referencia a la epidemia que comenzó a finales de verano de 1592 en la zona de Londres y de la que se vivieron los peores momentos al año siguiente), suministrando a Stubbes material para escribir su *Motive to Good Workes* (“motivo de buenas obras”), publicado el mismo año²¹.

Parece que Stubbes seguía vivo en 1610, cuando una versión revisada de su *A Perfect Pathway to Felicitie* volvió a publicarse, incorporando quince oraciones adicionales. A partir de entonces, no se puede seguir su rastro.

²¹ *Ibíd.*

3. ESTADO DE LA CUESTIÓN

No podemos acercarnos a la obra de Philip Stubbes de una manera aislada, pues es bien sabido —según citábamos en páginas anteriores— que su obra y los escritos de este carácter pertenecen a un género literario en boga (en Europa continental e insular) al que —desde las islas— se ha denominado con acierto *Manual Books* o *Conduct Books*, y en el mundo católico hispano, Libros de Estados o Libros de Avisos. En esta ocasión nos hallamos ante una biografía, supuestamente póstuma, de carácter idealizado, pero con los mismos patrones y objetivos que, por ejemplo, se defendían en España por los mismos años en la muy conocida *La perfecta casada*. Por tal razón enumeraremos las principales obras referidas a escritos, en esta ocasión, dirigidos a las mujeres y a su corrección; a saber: a realizar por los hombres. Escritos debidos a autores, a veces pastores o predicadores de diversas tendencias reformadas: anglicanos y puritanos esencialmente. También presbiterianos y miembros de las iglesias disidentes. Un listado de los autores más significativos de los siglos XVI y XVII, lo encontramos en la reciente aportación de M^a Luisa Candau, el artículo titulado “Los libros de Avisos: fórmula de educación y adoctrinamiento en la Edad Moderna. España e Inglaterra”²².

Entre las obras más conocidas y de mayor éxito en su tiempo se encontraban las de nuestro autor, Philip Stubbes. ¿Qué sabemos sobre él? Algo hemos apuntado en las páginas anteriores y, si bien son importantes las investigaciones acerca del autor, sin embargo, la inmensa mayoría de los trabajos protagonizados por este escritor puritano tiene por objeto el estudio de su *The Anatomie of Abuses* (Londres, impreso por Richard Jones, 1583), que, suponiendo una condena y ataque feroz hacia las costumbres, pasatiempos y modas que imperaban en la Inglaterra isabelina, proporciona consecuentemente abundante información acerca de tales asuntos.

Desafortunadamente, la alta valoración de esta obra, dado el interés que despierta su crítica a la sociedad de entonces, ha originado en cierto modo un descuido hacia el resto de su producción literaria, no menos merecedora de atención. Tal es el caso de *A crystal glass for Christian women*, de la que encontramos alusiones y referencias en multitud de libros y artículos, que casi nunca se abordan en profundidad, y aún menos desde la perspectiva de este trabajo, enfocado desde la de la historia de género, como parte del estudio del modelo de mujer que tan perfectamente representa.

²² CANDAU, M.L.: “Los Libros de Avisos” Art. cit. Pp. 38-40.

Destacaremos algunos textos esenciales sobre autor y obra. El orden establecido seguirá, en principio, criterios cronológicos de edición de obras generales para acercarnos posteriormente a las que consideramos aportaciones esenciales. En primer lugar, nos centraremos en tres, correspondientes a los años 1997, 2008 y 2014. Las dos primeras corresponden a autores de habla inglesa; la última será una aportación española.

Comenzaremos por Michael Mascuch, profesor en Cambridge, especializado en Historia Moderna y cuya investigación se ha centrado en el proceso de documentación imprescindible para el análisis de las autobiografías. En su obra *The Origins of the Individualist Self: Autobiography and Self-Identity in England, 1591-1791* (“Los orígenes del individuo: autobiografía e identidad propia en Inglaterra, 1591-1791”), publicada en Cambridge en 1997, el autor se sirve de *A crystal glass* para tratar temas de carácter literario e incluso psicológico, citando la obra de Stubbes y resaltando ciertos aspectos más bien formales de la misma (por su gran influencia para el género autobiográfico), dejando como algo secundario su contenido, si bien sí se dan algunas pinceladas acerca de la vida del matrimonio Stubbes. De esta manera, vemos como *A crystal glass* es presentada “en” su interés como obra literaria, perspectiva ciertamente alejada de nuestras pretensiones.

Continuamos con M.E. Lamb, protagonista de un enfoque diferente. En efecto, Mary Ellen Lamb, realizará un análisis de *A crystal glass*, en un ensayo titulado “Inventing the Early Modern Woman Reader through the World of Goods: Lyly’s Gentlewoman Reader and Katherine Stubbes” (“Inventando a la mujer lectora de la temprana edad moderna a través del mundo de las mercancías: la dama lectora de Lyly y Katherine Stubbes”) de 2008, contenido en un volumen colectivo en donde encontramos una perspectiva más acorde con nuestros objetivos. Así, si bien el matiz literario sigue estando presente en su interpretación, no es menos cierto que se examina el texto de Stubbes teniendo a la mujer como protagonista y atendiendo más específicamente a cuestiones de género, situando el fondo por encima de la forma. Tal ensayo está recogido, junto a otros de temática similar, en el volumen titulado *Reading Women: Literacy, Authorship, and Culture in the Atlantic World, 1500 – 1800*, editado por Heidi Brayman Hackel y Catherine E. Kelly (Filadelfia, 2008). Defienden el rol de las mujeres y su acceso progresivo al mundo de la cultura, en relación, entre otras cosas, con el nivel de alfabetización, al ritmo de la expansión de una Reforma que defendía el acercamiento a las Sagradas Escrituras. Con ello se incrementaba —insistían— el

número de mujeres lectoras, de participantes en la producción y en el “consumo” de textos. Su objetivo: mostrar la realidad “lectora” de las mujeres a ambos lados del Atlántico (en el periodo analizado) y la relación —o las distancias— entre dicha realidad y las representaciones que pretendían darles forma. Es en este sentido en el que el enfoque de Mary Ellen Lamb nos resulta especialmente interesante, pues hallaremos referencias a *la mujer imaginada*, la mujer como modelo que debía ser imitado por las “restantes” mujeres reales. Sin embargo, su orientación es mucho más socioeconómica; así, presenta la devoción por las Sagradas Escrituras de Katherine Stubbes como rechazo activo a los placeres manifiestos del consumo y del capitalismo inicial, recalcando este aspecto con citas a la ya mencionada *The Anatomie of Abuses*²³.

Desde España, en los últimos años han aparecido pocas aportaciones referentes al mundo anglosajón y con estas perspectivas. Mencionaremos *Las Mujeres y el Honor en la Europa Moderna*, volumen publicado por la Universidad de Huelva, en 2014 y coordinado por M^a Luisa Candau Chacón, y en concreto su primer capítulo (“Los libros de Avisos: fórmula de educación y adoctrinamiento en la Edad Moderna. España e Inglaterra”), donde se aborda *A crystal glass for Christian women* desde la óptica que asumimos en el presente trabajo, analizando algunos fragmentos como parte de la historia de las mujeres, contextualizándola junto a otros textos de objetivo similar, cuya autoría corresponde a moralistas, del ámbito católico y del reformado; compara, así, los *Conduct Books* ingleses y los *Libros de Avisos* hispanos, exponiendo el rol asignado y los rasgos que caracterizaban la esencia de mujer inglesa encarnada en Katherine Stubbes.

Este texto representa una novedad en cuanto al resto de fuentes bibliográficas que nos han servido para recopilar información. En primer lugar porque, como hemos señalado, su enfoque conecta con una Historia de Género, desarrollada al ritmo de los impulsos historiográficos presentes desde las últimas décadas del siglo XX. Siendo estas tendencias resultado del movimiento feminista de ‘segunda ola’ y de la Historia Social, que mostró interés en el ámbito doméstico (un ejemplo, la *Historia de la vida privada*²⁴ de George Duby, compuesta por cinco volúmenes y publicada por primera vez en castellano en Madrid por la editorial Taurus desde 1987 a 1989). En segundo lugar, porque presta una mayor atención a esta obra, infrecuentemente utilizada entre

²³ El mismo tema de referencia (El capitalismo comercial y su rechazo en las consecuencias de la vida y las conductas) no es tema ignorado en las interpretaciones de los historiadores modernistas que han tratado la obra clásica de Fray Luis.

²⁴ *Histoire de la vie privée*, Paris, Le Seuil, 1985-1987.

los historiadores españoles, y por lo general de escaso tratamiento, limitado a un mero aporte secundario; en tercer lugar, porque añade algunas traducciones al castellano, lo que es definitivamente una rareza, dado que ni siquiera en la lengua materna de Stubbes encontramos bibliografía abundante al respecto. Así, en el citado artículo hallamos la plasmación de un método comparativo entre los textos coetáneos de reformados y católicos, en relación a temas tales como los modelos de familia, las relaciones conyugales o la crianza de los hijos, con bastantes aspectos semejantes, considerando el tronco común de las influencias del Apóstol San Pablo; o los paralelismos entre *A crystal glass for Christian women* con *La perfecta casada* de Fray Luis de León (Salamanca, 1583), en el lado católico, así como sus diferencias, representativas de las existentes entre la Iglesia Católica y la Iglesia Reformada de Inglaterra.

Establecido el marco general, comentaremos ahora las investigaciones centradas en el autor. Destacaremos los textos de tres de lengua inglesa: Alexandra Walsham, Kirk Melnikoff y Edward Gieskes, editados entre 2004 y 2008.

En cuanto a la figura de Philip Stubbes, como personaje histórico, y, en consecuencia, también a la de su esposa Katherine Stubbes, la gran mayoría de la información (excluyendo la que es posible extraer directamente de *A crystal glass*) es debida a Alexandra Walsham, profesora de Historia Moderna en la Universidad de Cambridge, así como de Historia de la Reforma en la Universidad de Exeter. En particular, a un artículo suyo publicado en 2004 —"Stubbes, Philip (b. c.1555, d. in or after 1610), pamphleteer"— en el que reunía los datos conocidos acerca del autor, basándose tanto en fuentes primarias (los propios textos del escritor) como en trabajos anteriores, propios y ajenos. Las citas al trabajo de Walsham resultan una constante en los textos consultados para la realización del presente trabajo, quedando señalada como la autora de referencia en cuanto a la vida y obras de Philip Stubbes, y siendo su trabajo el origen de cuantos apuntes biográficos hemos encontrado. Por ello, resulta obligatorio destacar su labor investigadora y de recopilación.

Pero Walsham no se limita a presentar una serie de hechos, sino que también introduce la polémica suscitada acerca de las motivaciones de Philip Stubbes para escribir *A crystal glass*, planteando serias dudas en torno a su figura y a sus convicciones religiosas, ambas centro de cierta controversia. De este modo, sabemos que Stubbes se movía en una variedad de círculos, incluyendo el contacto con el católico Philip Howard, conde de Arundel, de quien, según él mismo reconocía, llegaría

a recibir “una remuneración generosa” (*bountifull remuneration*²⁵), origen de bastantes recelos y sospechas. De igual modo que ocurriera en su tiempo entre sus contemporáneos, según nos indican las investigaciones de la citada Walsham y de otros autores como Kirk Melnikoff y Edward Gieskes en su obra *Writing Robert Greene: Essays on England's First Notorious Professional Writer* (Hampshire, 2008). Estos últimos defienden el carácter profesional de Philip Stubbes, cuyos motivos habrían sido, de un lado, la necesidad económica, de otro, su propia ambición, sin olvidar un cierto celo religioso; en cualquier caso, primando aquellos rasgos de su personalidad sobre los meramente identificados con sus convicciones puritanas. Según esto, con sus obras, Stubbes habría tenido como prioridad el producir textos destinados a conseguir el mayor número de ventas posibles, por encima de los objetivos moralizantes. Una opinión defendida por sus propios colegas (el antes mencionado y crítico Thomas Nashe entre ellos) que tachaban a Stubbes de falta de sinceridad, entre otras atribuciones, como la de poseer un carácter triste o austero (concretamente, Walsham describe su reputación como la de un puritano *spoilsport and killjoy*).

Si bien la honestidad de Philip Stubbes no es algo que atañe a nuestro estudio, sí convendría tener en cuenta este posible aspecto de su personalidad, pues refuerza el hecho de que la Katherine Stubbes que se nos muestra en *A crystal glass for Christian women* sería una Katherine Stubbes irreal, una versión inventada y perfecta de su fallecida esposa, creada para cumplir las demandas de los lectores potenciales, y que correspondería en mayor medida a los intereses del propio escritor que a la imagen “idealizada” del afecto del esposo hacia la esposa. Era la impresión del propio Philip Stubbes lo que primaba. Nuestro trabajo así añade protagonismo al autor y conjuga ambos “actores”: de un lado, lo que se presenta como visión de mujer casada perfecta; de otro, lo que los hombres habrían de esperar de sus mujeres. Al mismo tiempo lo que los lectores deseaban leer pues, de ser cierta aquella hipótesis citada, primaban los intereses económicos nacidos de la impresión y éstos de la aceptación y captación del público lector.

²⁵ WALSHAM, A., Art. cit.

4. ANÁLISIS

Nos disponemos a continuación a analizar, de manera detallada, la primera parte de *Un espejo para las mujeres cristianas* (siguiendo la edición inglesa de 1592, cuyo subtítulo es el siguiente: “en donde ellas puedan ver un maravilloso y raro ejemplo de una vida correcta y virtuosa y una muerte cristiana: como por el siguiente discurso pueda parecer” / *wherein, they may see a most wonderfull and rare example of a right vertuous life and christian death: as by the discourse following may appeare.*), que, como ya mencionamos con anterioridad, está dedicada a la “piadosa vida” (her godly life) de Katherine Stubbes.

El relato viene precedido de una exposición por parte del autor, Philip Stubbes, de sus motivaciones para redactar el mismo:

“Conmemorando (muy cristiano lector) la finalidad última de la creación del hombre, la cual es glorificar a Dios, y edificarse los unos a los otros en la manera de la verdadera devoción, consideré que era mi deber, respetando la primera y preocupado por la segunda, el publicar este ejemplo maravilloso y poco común de la virtuosa vida y muerte cristiana de la señora Katherine Stubbes”. (*Calling to remembrance (most Christian reader) the final end of mans creation, which is to glorifie God, and to edifie one another in the way of true godlinesse, I thought it my duty as well in respect of the one, as in regarde of the other, to publith this rare and wonderfull example of the bertuous life, and Christian death of Mistress Katherine Stubbes.*)

Entre las intenciones manifiestas de Stubbes, la declaración implícita de no contemplar el beneficio económico que pudiera acarrearle el éxito de la publicación, lo cual se entiende si atendemos a las opiniones que él consideraba calumniosas de algunos de sus contemporáneos. Unas opiniones que, sin duda, debieron ser motivo de preocupación pues podrían hacer peligrar su estima como puritano. Así, Stubbes declarará que su deber es, esencialmente, dar a conocer la vida de su esposa, “quien mientras vivió fue un espejo de femineidad, y ahora estando muerta es un perfecto modelo de verdadero Cristianismo” (*who while she lived, was a myrrour of womanhood, and now being dead, is a perfect patterne of true Christianity*)

Ya desde las primeras líneas, Mrs. Stubbes quedará definida como modelo a imitar por el resto de mujeres, destacando su excepcionalidad. No será, por tanto, relato

de una vida cualquiera, ni mucho menos, sino una historia moralizante. La persona real que fue Katherine Stubbes y la que su esposo imagina, con la intención de adoctrinar, quedarán fusionadas, de manera que no podemos estar seguros de donde empieza la una y acaba la otra.

El “verdadero Cristianismo” al que hace referencia será, por supuesto, el de la Iglesia Reformada. Sin embargo, las semejanzas entre el modelo de mujer reformada y el ideal de mujer católica son bastantes, como veremos más adelante; correspondería, en cualquier caso, realizar dicha comparación con el ideal de mujer casada católica, pues recordemos que este tipo de publicaciones siempre diferenciaba entre los diversos estados.

Una vez establecida la excepcionalidad de Mrs. Stubbes, el autor aportará algunas pinceladas acerca de su vida, comenzando por sus padres, “honestos y acaudalados” (*She was descended of honest and wealthie parents*), resaltando con ello la buena posición de la esposa y de sus ancestros, bases sociales y estimaciones modernas en vigor. De él se nos cuenta que “estaba comprometido con la verdad” (*he was zealous in the truth*) rasgo que heredaría la joven Katherine. De su madre destacaría su condición discreta y modesta y “lo que más la embellecía: era religiosa y también fervorosa.” (*which did most of all adorne her, she was both religious and also zealous.*) La señora Stubbes sería, por supuesto, también, todas estas cosas. Así, el autor no escatima en alabanzas al definirla; alabanzas que, según él, había recibido de todos aquellos que la conocían. No en vano, Katherine hacía gala de una “sabiduría singular” (*singular wisdom*), además de caracterizarse “por su modestia, cortesía, dulzura, afabilidad y buen gobierno de su casa” (*her modesty, courtesie, gentleness, affability and good government*), cualidades que poseía a pesar de su juventud, lo cual daba si cabe más mérito a su comportamiento.

4.1. Amor por la palabra de Dios

Si algo definía a Katherine, por encima de todo, era su dedicación a las lecturas piadosas. “Toda su alegría era el estar versada en las Escrituras, y meditar sobre ellas día y noche.” (*her whole delight was to be conversant in the scriptures, and to meditate upon them day and night*) Durante los cuatro años que duró el matrimonio “raramente o nunca podías haber entrado en su casa y haberla encontrado sin una Biblia, o algún otro

buen libro en sus manos.” (*you could seldom or never have come into her house, and have found her without a bible, or some other good booke in her hands.*)

Esto supone una importante diferencia con respecto al tiempo anterior a la Reforma, pues a partir de aquel momento y según defendían las corrientes protestantes, el acceso a las Sagradas Escrituras era el punto esencial que diferenciaba a luteranos y otras iglesias, de los católicos. Las mujeres como Katherine podían participar en casa de una espiritualidad que había estado previamente reservada, efecto de la ausencia del “estado y vocación religiosos” en el mundo reformado. Y sin embargo, la dedicación de Mrs. Stubbes a las Sagradas Escrituras y a la meditación encajaba a la perfección con la vida conventual. De hecho, Katherine Stubbes llegaría a afirmar (en palabras de su esposo): “Yo he elegido como la buena María, la mejor parte” (*I have chosen with good Mary, the better part*). Se refiere a María de Betania, hermana de Lázaro, el amigo de Jesús, quien en el ámbito católico es identificada con la vida contemplativa, contraponiéndose así a la figura de su hermana Marta; en tanto la primera escuchaba las enseñanzas del Maestro, la segunda se dedicaba a las tareas de la casa. Para los católicos, por tanto, María simbolizaría a la religiosa, mientras que Marta sería el modelo de mujer casada. Curiosamente, la preferencia de Katherine hacia María no habría sido apropiada para una buena mujer católica —entiéndase casada—, pues ésta no habría de ser mística, sino entregada al cuidado de la casa y de los hijos. Tanto es así que Fray Luis de León (moralista español, cuya obra *La perfecta casada* puede considerarse como el equivalente católico a la biografía escrita por Philip Stubbes) advertía al respecto, manifestando que la casada no debía volverse monja²⁶.

Katherine Stubbes no tenía opciones de entrada “en religión”; de todos modos y, pese a su predilección por María, asumía, también, el papel de Marta. No descuidaba las tareas de la casa, lo que obviamente era también valorado en el mundo protestante. Volviendo a su sapiencia de las Sagradas Escrituras, a tanto llegaba su conocimiento que, llevada por el “fervoroso celo con el que ella descubría a la verdad, en lo que parecía sobrepasar a muchos” (*her fervent zeale which she bare to the truth, wherein she seemed to surpassse many*), si por casualidad escuchaba hablar de religión a un papista o a un ateo, no dudaba en debatir “contra sus mentiras blasfemas” (*against their*

²⁶ “Dice Cristo en el Evangelio que cada uno tome su cruz; no dice que tome la ajena, sino manda que cada uno se cargue de la suya propia. No quiere que la religiosa se olvide de lo que debe ser la religiosa y se cargue de los cuidados de la casada; ni le place que la casada se olvide del oficio de su casa y se torne monja” León FR. Luis de., *La perfecta casada*. Citada en: CANDAU M. L., Op. cit.

blasphemous untruths) “sin ceder ni un ápice” (*would not yield a iota*) y llegaba incluso, según su esposo, a “convencerlos y derrotarlos con los testimonios de la palabra de Dios” (*convince them and confound them by the testimonies of the word of God.*)

La mujer reformada, por tanto, si bien no podía predicar, sí que estaba facultada para conocer. Podía educarse en materias de doctrina, pues este era el único conocimiento que contaba para la salvación de su alma inmortal. Este conocimiento tenía implicaciones ciertamente peligrosas, al igual que el que hombres laicos leyeran e interpretasen las Escrituras había supuesto un peligro para la Iglesia de Roma. Se corría el riesgo de que la mujer dejase de ser una receptora pasiva de los textos escritos por hombres, a ser lectoras activas, autorizadas a ello por su fervor religioso. En el caso de Katherine Stubbes, su autoridad se veía contenida: pasaba la mayor parte del tiempo aislada en casa; por si acaso, el esposo intervenía en sus lecturas.

4.2. Relaciones conyugales

4.2.1. El marido como consejero

“Cuando ella no estaba leyendo, pasaba el tiempo consultando, hablando y razonando con su marido sobre la palabra de Dios y la religión, preguntándole: ¿Cuál es el sentido de esto? ¿Y cuál es el sentido de eso? ¿Cómo explicas esto? ¿Y cómo explicas eso? ¿Qué opinas de esto y qué opinas de eso? Por lo que parecía como si de ella se hubiese apoderado el mismo espíritu que lo hizo de David, cuando él dijo: el fervor de tu casa me ha consumido.” (*When she was not reading, she would spend the time in conferring, talking and reasoning with her husband of the word of God, and of religion: asking him, what is the sense of this place, and what is the sense of that: How expound you this place, and how expound you that: what observe you of this place, and what observe you of that: so that she seemed to be as it were, ravished with the same spirit that David was, when he said: The zeale of thy house hath eaten me up.*)

Así describía Philip Stubbes el comportamiento de su esposa. Ella le pedía consejo y gustaba de reflexionar con él sobre la Biblia. Era su marido, pues, quien la guiaba en el estudio de la doctrina, y ella, sumisa y dócil, se dejaba guiar. Tal era la relación ideal de una familia reformada: como vemos imagen también ideal de una familia moderna y patriarcal.

Pese a que la Reforma no consideraba el matrimonio como sacramento, sin embargo le otorgaba una clara relevancia sobre el estado del celibato, con lo cual, indirectamente, lo enaltecía frente a la soltería y otros estados (en clara oposición a la defensa de la perfección del estado célibe entre los teólogos católicos). Así la importancia protestante del matrimonio y el hecho de que los teólogos subrayaran la relevancia del amor marital pueden parecer explicaciones contradictorias, habida cuenta la defensa de las relaciones de poder dentro de la familia, más autoritarias y patriarcales bajo el fuerte estímulo de la Iglesia y el Estado²⁷. No lo son, puesto que la relación estable o amistosa entre los cónyuges que defendía la Reforma no se contradecía con el modelo de familia mantenido y propiciado por el Estado Moderno: un solo poder dentro y fuera de la célula familiar²⁸. De esta manera, la exigencia del amor en el matrimonio facilitó la subordinación de la esposa.

Una de las razones por las que el patriarcado salió reforzado con la Reforma fue que el marido ocupó el papel de consejero de la mujer, una función que, para los católicos, era asumida por el confesor. Se produjo, pues, una transferencia parcial de funciones de la Iglesia a la familia, en este caso del sacerdote al padre de familia, que ahora ejercía tanto poderes domésticos como religiosos. Al ejercer como su consejero, el marido quedaba por encima de la mujer. Si bien el interés por la formación conjunta unía a los esposos, como vemos en el ejemplo de Katherine Stubbes, esto no los hacía iguales, sino que el resultado final era el contrario, pues la mujer debía ser orientada por el marido. No obstante existía la posibilidad teórica de que se igualasen en el amor. De esta manera vemos como, por la misma vía, se refuerzan los dos modelos: el de sumisión y el de igualdad.

Lo cierto es que los libros de conducta buscaban reforzar la autoridad del marido (y el padre), y la biografía de Katherine Stubbes no es ninguna excepción. Así, la narración prosigue exponiendo como Mrs. Stubbes “seguía el mandato de nuestro salvador Cristo, que nos ordenaba buscar en las Escrituras, pues en ellas tenemos la esperanza de hallar la vida eterna. Ella obedecía el mandato del Apóstol, quien ordenaba a las mujeres guardar silencio, y a aprender de sus maridos en casa.” (*She followed the commandment of our savior Christ who biddeth us to search the scriptures for in them we hope to have eternal life. She obeyed the commandment of the Apostle, who biddeth women to be silent, and to learn of their husbands at home.*)

²⁷ STONE, L., Op. cit. P. 331.

²⁸ CANDAU, M. L., Op. cit. Pp. 29 y ss.

Vemos como se repite el mensaje: la mujer podía conocer las Escrituras, pero siempre aprendiendo del marido y estando subordinada a él. De esta manera, el conocimiento que Katherine poseía no resultaba una amenaza para su esposo, ni se rebelaba contra la posición inferior que como mujer debía ocupar.

En cuanto al mandato de guardar silencio, volveremos a ello más adelante.

4.2.2. La esposa como soporte del marido

El amor, al que antes hacíamos referencia, aparece también en la narración, cuando Philip Stubbes afirma que “por amor verdadero y lealtad a su marido” (*for true love and loyalty to her husband*), Katherine, como perfecta esposa, compartía las alegrías de su cónyuge, trataba de remediar sus penas y nunca le contradecía:

“Sí veía a su marido alegre, entonces ella estaba alegre: si él estaba triste, ella estaba triste: si él estaba colérico, ella se esforzaba en que hacerle feliz: si él estaba enfadado, ella rápidamente le complacía, tan prudentemente se comportaba con él. Ella nunca le contrariaba en nada, sino que con sabio consejo y aviso sagaz, con toda humildad y sumisión, buscaba persuadirle” (*As she saw her husband merry, then she was merry: if he were sad, she was sad: if he were heavy or passionate, she would endeavour to make him glad: if he were angry, she would quickly please him, so wisely she demeaned herself towards him. She would never contrarie him in anything, but by wise counsaile, and sage advice, with all humilitie, and submission, seeke to persuade him.*)

La perfecta mujer reformada, tenía, como vemos aquí reflejado, la misión de contentar a su marido, consolarlo y actuar como su soporte. También de la mujer católica se esperaba este comportamiento: pocos años antes de la publicación de *A crystal glass*, Fray Luis de León en *La perfecta casada* había definido del mismo modo los pasos de la esposa ideal, aquella que libraba a su marido de enojos y era para él perpetua causa de alegría y descanso²⁹.

Aunque debían ser sumisas, las mujeres podían persuadir a sus maridos. Este era un papel aceptado, e incluso deseado, pues en determinadas situaciones se hacía necesaria la influencia femenina, sobre todo para contrarrestar y corregir posibles

²⁹ CANDAU, M.L., Op. cit. P. 50.

debilidades del esposo. Siempre y cuando, claro está, esta influencia no se sublimase; los consejos buscaban persuadir, nunca exigir.

4.3. Relación paradójica entre silencio y elocuencia

Como antes mencionamos, Katherine Stubbes “obedecía el mandato del Apóstol, quien ordenaba a las mujeres guardar silencio” (*She obeyed the commandment of the Apostle, who biddeth women to be silent*). Este apóstol al que menciona es San Pablo, a quien se tenía como referencia tanto en el ámbito protestante como en el católico. Todos estaban de acuerdo en que era el deber de las mujeres el estar calladas, con la diferencia de que los reformados admitían que éstas hicieran preguntas de índole religiosa a sus maridos. Su origen lo encontramos en la carta a Timoteo y las epístolas a los Corintios: *La mujer oiga la instrucción en silencio, con toda sumisión. No permito que la mujer enseñe ni que ostente autoridad sobre el hombre. Que se mantenga en silencio* (I Timoteo, 2, 11-13) Y también:

Como en todas las iglesias de los santos, las mujeres cállense en las asambleas; que no les está permitido tomar la palabra; antes bien, estén sumisas como también la Ley lo dice. Si quieren aprender algo, pregúntenlo a sus propios maridos en casa (I Corintios, 14, 33-36).

Aunque se trataba de asambleas, la idea general extraída por los teólogos fue el silencio obligatorio de la mujer en todos los ámbitos (incluyendo a la propia casa para los católicos) El puritanismo compartía la convicción de que una buena mujer es la mujer callada. Callada, por ejemplo, en cuanto a la interpretación de las Escrituras. Mrs. Stubbes, en lugar de sacar sus propias conclusiones, dejaba repetidamente las cuestiones referentes a la interpretación a juicio de su marido. Quizás, la cantidad de preguntas que el autor expone sea una exageración, destinada a calmar cualquier preocupación que pudiese surgir en el lector.

El caso de Katherine Stubbes resulta a simple vista paradójico pero era reflejo de su propia humildad, pues obedecía la doctrina del silencio; sin embargo se hallaba tan versada en las Escrituras, que tomaba parte en debates sobre temas de religión, contra ateos y papistas, de los que por supuesto salía victoriosa. En los monólogos puestos en boca de Mrs. Stubbes y en sus conversaciones, se aprecia un uso de la retórica y un

amplio conocimiento. Nos encontramos ante el retrato de una mujer elocuente que, sin embargo, nunca sería acusada de “charlatana”. Es más, Philip Stubbes escribe que:

“Tan apacible era ella, y amable por naturaleza, que nunca se la escuchó mentir en toda su vida, ni tan siquiera enfadarse. Nunca se supo de ella que discutiera con ninguno de sus vecinos [...] mucho menos reñir o pelear, como muchos hacen hoy en día por cualquier nimiedad, o más bien sin causa alguna.” (*So gentle was she and courteous of nature, that she was never heard to give any the lie in all her life, nor so much as to (thou) any in anger. She was never knowne to fall out with any of her neighbours [...] much less to scold or brawl, as many will nowadays for every trifle, or rather for no cause at all.*)

En la última frase se detecta una crítica a la sociedad, en la línea de las que Philip Stubbes realizara en su *Anatomy of abuses*.

Pese a recalcar el hecho de que Mrs. Stubbes se mantenía al margen de peleas o riñas, no obstante su imagen se aleja de cualquier visión de pusilanimidad o tibieza. Así “no podía soportar escuchar cualquier conversación sucia o indecorosa o grosera, obscena o impura, ni oír blasfemar o pronunciar palabras soeces o maldecir, sino que los reprendía rápidamente” (*She could never abide to hear any filthy or unseemly talk of scurrilitie, bawdy or uncleanness, neither swearing or blaspheming, curling or banning, but would reprove them sharply.*) Y el esposo añade:

“Nunca hubo una palabra sucia, impura, indecente o indecorosa que se escuchara salir de su boca, ni una vez para maldecir, jurar o blasfemar a Dios de ninguna manera o forma. [...] Y por su conversación, nunca hubo un hombre o una mujer que abriese su boca contra ella, o que alguna vez la acusase o pudiera acusarla de la menor sombra de deshonestidad. Así de contenida vivía, y así de prudentemente caminaba, evitando incluso la apariencia o muestra de maldad.” (*There was never one filthie, unclean, undecent or unseemly word heard to come forth of her mouth, nor ever once to curse or ban, to swear or blaspheme God any maner of way. [...] And for her conversation, there was never any man or woman that ever opened their mouths against her, or that ever either did or could once accuse her of the least shadow of dishonesty, so continently she lived, and so circumspectly she walked, eschewing even the very outward appearance or shewe of evil.*)

Como observamos, la perfección de Katherine Stubbes residía sobre todo en su prudencia y en su silencio. Los mismos términos (amable, apacible, contenida, prudente) indican la base de la estimación de la mujer moderna, tanto en Inglaterra como en el resto de Europa.

4.4. Lejos del mundo

Katherine Stubbes no gustaba de salir de casa, pasando largos periodos de tiempo en soledad, generalmente leyendo. “Tan inclinada estaba ella a la soledad, que muy raramente o nunca, y no sin gran apremio [...] iba fuera con nadie, ya fuese a un banquete o a un festín, a chismorrear o celebrar” (*So solitary was she given, that she would berie seldome or never, and that not without great constraint [...] goe abroad with any, either to banquet or feast, to gossip or make merry*). Tales comportamientos no despertaban en ella más que desdén y desprecio:

“Cuando su marido estaba fuera en Londres o en otra parte, ni su más querido amigo en el mundo podía conseguir que saliera a cenar o a comer, o que acudiera a ningún entretenimiento, lugar, interludio o pasatiempo.” (*When her husband was abroad in London or elsewhere, there was not the dearest friend she had in the world that could get her abroad to dinner or supper, or to any disports, places, interludes or pastimes whatsoever.*)

A lo largo de su biografía, encontramos muchas demostraciones de su distanciamiento y desapego por el mundo, que contemplaba como amenaza contra la integridad de su alma. Demostraba su sobriedad al rechazar “mimar su cuerpo con delicadas carnes, vinos o bebidas fuertes. Se abstenía por completo, diciendo que debemos comer para vivir y no vivir para comer.” (*to pamper her body with delicate meats, wines or strong drinks, but rather refrained them altogether, saying, that we should eat to live, and not live to eat.*) Y mostraba su humildad cuando mostraba lo mucho que aborrecía “todo tipo de orgullo, tanto en vestimenta como en cualquier otra forma” (*she bitterly abhorred all kind of pride both in apparel and otherwise.*) A Mrs. Stubbes, el mundo material simplemente no le interesaba; es más, lo consideraba opuesto a Dios.

Dado su comportamiento, “algunos de sus vecinos le preguntaban a veces diciendo: Señora Stubbes, ¿por qué no es más cuidadosa con las cosas de esta vida, sino

que está siempre sentada ojeando un libro y leyendo?” (*Some of her neighbours would ask her sometimes saying: Mistress Stubbes, why are you no more carefull for the things of this life, but sit allways poring uppon a Booke, and reading?*) Ella era tajante al contestar: “Si yo fuese una amiga de este mundo, sería una enemiga de Dios: pues Dios y el mundo son dos opuestos.” (*if I should be a friend unto this world, I should be an enemy to God: for God and the world are two contraries.*) Y añadía: “la piedad es una gran riqueza, si un hombre se contenta con lo que tiene” (*Godlines is great riches, if a man be content with that that he hath.*)

Katherine Stubbes estaba, además, convencida de la cortedad de su vida, llegando a profetizar su muerte. Tras quedar embarazada, dijo a su marido y vecinos “no una ni dos, sino muchas veces, que ella nunca volvería a tener más hijos: que ese hijo debía ser su muerte, y que ella debía vivir solo para traer a ese niño al mundo” (*not once, nor twice but many times, that she should never bear more children: that, that child should be her death, that she should live but to bring that child into the world*). En el fondo Katherine Stubbes era consciente del alto índice y tasa de mortalidad existente en su tiempo, tanto en lo referente a la mortalidad infantil (Ca. 18-25%) como en las complicaciones sobrevenidas a las mujeres tras el parto, según demuestran los estudios de demografía histórica³⁰. Pero la conversión de estos supuestos comentarios en profecía de su muerte, utilizados como método hagiográfico, le añade un componente más a su estima como criatura de Dios. La inclusión en el texto de la profecía de su muerte recuerda, por tanto, a la tradición medieval de la hagiografía, es decir, a la historia de las vidas de santos, de la que la biografía de Katherine Stubbes es en parte heredera.

El rechazo de Mrs. Stubbes del mundo y sus comodidades alcanzó una forma extrema tras el parto (del que nació un niño) y su posterior enfermedad que terminó por costarle la vida. En su lecho de muerte, Katherine se desprendió de su marido, su hijo e incluso de sí misma —pues su cuerpo era “una prisión” para su alma (*for my body is nothing else but a thinking prison to my soul*)—, proclamando su deseo de morir:

“Oh, miserable desdichada que soy, ¿quién me librerá de este cuerpo sujeto al pecado? Ven rápido, Señor Jesús, ven rápido. Al igual que un ciervo desea los manantiales de agua, así tiene mi alma sed de ti, Dios. Preferiría guardar la puerta en la casa de mi Dios,

³⁰ STONE, L., Op. cit. LASLETT, P.: *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*; Madrid, Alianza Editorial, 1987.

que habitar en las moradas de los impíos.” (*Oh miserable wretch that I am, who shall deliver me from this body subieet to sinne? Come quickly Lord Jesus, come quickly. Like as the hart desired the water springs, so dooth my soul thirst after thee, God. I had rather be a doore keeper in the house of my God, than to dwell in the tents of the wicked.*)

Su rechazo al mundo era palpable también en las cosas pequeñas. Así, al descubrir a la perrita que “durante su vida quiso bien” (*which in her life time she loved well*), tumbada sobre su cama, “la golpeó para que se fuera y, llamando a su esposo, dijo: Buen esposo, tú y yo hemos ofendido gravemente a Dios” (*but she beat her away, and calling her husband to her, sayd: Good husband, you and I have offended God grievously*) por alimentar al animal “en nuestra mesa” (*at our table*) y haberlo dejado estar en la cama, cuando “hubiéramos sido reacios a recibir un alma cristiana, procurada con la preciada sangre de Jesucristo” (*we would have been loath to have received a Christian soul, purchased with the precious blood of Jesus Christ*).

Respecto a su hijo, tras tomarlo en brazos y besarlo, dijo: “Dios te bendiga, mi dulce bebé, y te haga heredero del reino de los cielos.” (*God bless you, my sweet babe, and make thee an heire of the kingdome of heaven*) Y dirigiéndose a su marido, justo antes de pedirle que lo criase “en las buenas letras, en el aprendizaje y la disciplina, y sobre todas las cosas [...] en el ejercicio de la Verdadera Religión” (*in good letters, in learning and discipline, and above all things [...] in the exercise of true religion*), anunció: “amado esposo, te lego este mi hijo a ti: él ya no es mío, él es del Señor y tuyo. Yo renuncio a él, a ti y al mundo y a mi propio ser” (*Beloved husband, I bequeath this my child unto you, he is no longer mine, he is the Lord's and yours. I forsake him, you and all the world, and my own selfe*).

4.5. La unión con Dios

Tan grande era su deseo de estar con Dios que, durante su enfermedad, la cual fue “a la vez larga y penosa” (*which was both long and grievous*) y que no le permitió “que durmiese una hora seguida, ni de noche ni de día” (*she was never seen nor perceived to sleep one hour together, neither night nor day*), Katherine Stubbes rezaba para “que Dios la llevase de este mundo miserable” (*She would always pray in her sickness absolutely, that God would take her out of this miserable world*). Es más:

“Cuando su marido y otros deseaban que ella rezase para pedir salud, si era voluntad de Dios, ella respondía: Os ruego que recéis no porque yo viva, porque creo que no queda mucho para que esté con mi Dios. Cristo es para mí vida, y la muerte es un beneficio para mí. No puedo entrar en la vida sino a través de la muerte, y por lo tanto es la muerte la puerta y entrada a la vida eterna para mí. Yo sé y estoy convencida por el Espíritu de Dios, de que la sentencia de mi muerte ya ha sido dada por el gran Juez, en la corte o parlamento del cielo, que yo debo ahora partir de esta vida: y por lo tanto, no recéis por mí, para que yo viva aquí, sino rezad a Dios para que me dé fuerzas y paciencia, para perseverar hasta el final” (*When her husband and others would desire her to pray for health, if it were the will of God: she would answer, I beseech you pray not that I should live, for I think it long to be with my God. Christ is to me life, and death is to me advantage. I cannot enter into life but by death, and therefore is death the door or entrance into everlasting life to me. I know and am certainly persuaded by the spirit of God, that the sentence of my death is given already by the great Judge, in the court or parliament of heaven, that I shall now depart out of this life: and therefore pray not for me, that I might live here, but pray to God to give me strength and patience, to persevere to the end.*)

Tal descripción de su agonía nunca mostraría signos de desesperación o falta de fe, de desconfianza o recelo. Según el recuerdo de su esposo, Katherine suplicaba: “oh mi buen Dios, ¿por qué no ahora? ¿Por qué no ahora, oh mi buen Dios? Estoy lista para ti, estoy preparada, oh recíbeme ahora” (*Oh my good God, why not now?: Why not now, oh my good God?: I am ready for thee, I am prepared, oh receive me now*) a veces en voz alta y otras en voz baja. En otras ocasiones, caía en una especie de ensoñación durante la que sonreía, y a veces también incluso reía. Cuando su marido le preguntaba a qué se debía su risa, ella respondía:

“Si tú vieres visiones tan gloriosas y celestiales como yo veo, te alegrarías y reirías conmigo: porque veo una visión de las alegrías del cielo y la gloria hacia la que también iré, y veo infinitos millones de Ángeles presentes sobre mí, y velando por mí, listos para llevar mi alma al reino de los cielos” (*If you saw such glorious visions, and heavenly sights as I see, you would reioyce and laugh with me: for I see a vision of the joys of heaven and the glory that I shall go too: and I see infinite millions of Angels attendant upon me, and watching over me, ready to carry my soule into the kingdome of heaven.*)

En palabras de M. L. Candau: “Mrs. Stubbes vislumbraba las alegrías futuras, el cielo, los ángeles y su encuentro con Dios y una muerte que se produciría invocando a la Trinidad y repitiendo las palabras de Cristo (“en tus manos encomiendo mi espíritu”) que en poco se distanciaba de los modelos de Santidad de la Iglesia Católica, salvo en un punto: ninguna mención a cuestiones eclesiológicas”³¹. Unas visiones que constituían una certeza para el lector, necesitado de seguridad de una vida posterior plena en tiempos tumultuosos en materia religiosa, que hacían del mundo un lugar mucho más inestable y peligroso.

4.6. Su confesión de fe

Tras desvanecerse por espacio de casi un cuarto de hora, haciendo creer ya cierta su muerte Katherine Stubbes volvió en sí y agradeció a todos los presentes “por los grandes esfuerzos” que habían hecho por ella (*the great paines you have taken with me*). Asimismo, les dijo: “mientras que yo no soy capaz de recompensároslo, ruego al Señor que os recompense en el reino de los cielos” (*whereas I am not able to requite you, I beseech the Lord to reward you in the kingdome of heaven*). Procedió entonces a anunciar que iba a realizar una confesión de los principios de su fe, explicando previamente las causas que la movían a ello. Después de cinco semanas de fiebre y falta de sueño, Katherine Stubbes aún mantenía (en el recuerdo imaginado de su esposo) la misma coherencia que cuando estaba sana, lo que era, sin duda, una muestra más de su excepcionalidad. Philip Stubbes destacaba este hecho, diciendo: “el Señor la mantuvo (lo cual fue milagroso) con perfecto entendimiento, sentido y memoria, hasta su último aliento” (*the Lord kept her (which was miraculous) in her perfect understanding, sense and memory, to the last breath*).

El primero de sus motivos era “que aquellos (si hubiese alguno) que no estén plenamente convencidos de la verdad de Dios puedan escuchar y aprender lo que el Espíritu de Dios me ha enseñado con su bendita y salvadora Palabra.” (*that those (if there be any such here) that are not thoroughly resolved in the truth of God, may hear and learn what the spirit of God had taught me out of his blesses and all saving word*) Esta mención al espíritu es particularmente llamativa, pues para los puritanos, la

³¹ CANDAU, M.L., Op. cit. P. 115.

Palabra, para tener consistencia, debía ser interpretada y dotada de vida por el Espíritu, cuya luz, además, aseguraba una interpretación productiva y genuina de las Escrituras.

Más adelante, Mrs. Stubbes advertiría: “no quiero que penséis que soy yo la que os habla a vosotros, sino que es el espíritu de Dios que mora en mí, y en todos los elegidos de Dios.” (*I would not have you to thinke, that it is I that speak unto you, but the spirit of God which dwelleth in me, and in all the elect of God*) La proyección idealizada de la esposa le confería consciencia en vida de su misión terrenal; como los santos católicos, Katherine Stubbes estaba imbuida del espíritu de Dios. Y así actuaba. Seguía en ello el modelo puritano, celoso de no separar el Espíritu, que vitalizaba a la Palabra y la llenaba de poder salvífico, de la Palabra misma. El Espíritu se hacía presente para ayudar a una comprensión religiosa, para interiorizar y reproducir el Evangelio en las propias vidas, donde quiera que se escuchara un sermón o se leyera la Biblia. Los radicales estaban más cerca de admitir que el Espíritu podía actuar por su cuenta al margen de la Palabra³²

La segunda causa era evitar que alguien juzgase que no había muerto como una perfecta cristiana y que “por un juicio imprudente podáis incurrir en la desaprobación de Dios.” (*by your rash judgement might incurre the displeasure of God*). La tercera era, tal como Katherine hizo saber a sus vecinos y amigos, que “así como habéis sido testigos de parte de mi vida, podáis ser también testigos de mi fe.” (*as you have been witnesses of part of my life: so you might be witnesses of my faith and beleeeve also.*)

De esta manera finaliza la primera parte de *Un espejo para las mujeres cristianas*, con Katherine Stubbes lista para confesar los principios de su fe, para luego pasar a formar parte del “Cuerpo Místico de Jesucristo”, como la perfecta mujer reformada.

³² DINAN, S. Y MEYERS, D. (Eds.): *Mujeres y Religión en el Viejo y en el Nuevo Mundo en la Edad Moderna*; Madrid, Narcea, 2002, P. 232.

5. CONCLUSIONES

A comienzos de la Edad Moderna, la Iglesia, católica o la protestante, mantendría una tradición misógina, de diversa orientación, reforzando el papel secundario de la mujer con respecto al hombre, y recurriendo como justificación, en ambos casos, al apóstol San Pablo. Tanto en el mundo reformado como en el católico, tras las grandes transformaciones producidas en la Europa Confesional, urgía el disipar las dudas en torno a la doctrina, y reforzar las creencias de los fieles. Para ello, se emplearon los libros de conducta. Los reformados optaron, por oposición a la Iglesia de Roma, por una fe más interiorizada, ratificando las actitudes idealizadas en cuanto al género, de tradición bajomedieval, lo cual queda reflejado en el modelo de mujer representado por Katherine Stubbes. Veámosla.

Como si de una monja católica se tratase, Mrs. Stubbes dedicaba gran parte de su tiempo a leer las Escrituras, rechazando el mundo material y defendiendo la verdadera fe y la Nueva Iglesia, frente a los ateos o los papistas. Estos últimos aparecerán siempre en las obras de autores ingleses como el enemigo, y el símbolo de la herejía y la maldad. Cabe señalar que la persecución de los *papistas* parecía, en muchos casos, la única esperanza de conseguir la salvación.

Tal como comentábamos, el fin del catolicismo en Inglaterra implicó cambios que afectaron de lleno a estos modelos de buenas mujeres y a sus creencias, como la eliminación del culto —al nivel de Su Hijo— de la Virgen María, obviamente inexistente en esta obra, o la desaparición de la figura del confesor, que de ahora en adelante sería sustituido por el marido. Serían también los maridos quienes escribiesen sobre la mujer: maridos laicos y maridos clérigos.

La consecuencia de todo ello fue el fortalecimiento del patriarcado, aumentando el poder del padre y del esposo. Por lo tanto, como no podía ser de otra manera, el ideal de mujer protestante (y especialmente el puritano) era la mujer sumisa, siempre pendiente del esposo y su estado de ánimo, siempre dispuesta a complacerlo y apoyarlo. ¿Qué diferencias existen entre la perfecta casada de Fray Luis y la muy sumisa y encantadora esposa Katherine Stubbes? Ambas obedecen a sus maridos, les alegran cuando están tristes y les agasajan cuando están cansados. Tan sólo las tareas “místicas” de Katherine distanciaban el modelo de las esposas católicas y reformadas.

Como la *Perfecta* del agustino, esta mujer ideal se quedaba en casa, respondiendo así a los modelos reformados, pues todos los autores enfatizaban la

función del hogar como lugar de autoridad religiosa, por encima de la propia iglesia. En definitiva, era una mujer devota, humilde, gentil, modesta y piadosa; exactamente las cualidades con las que Katherine Stubbes quedó retratada en *A crystal glass for Christian women*.

Mrs. Stubbes tuvo una vida corta, y su matrimonio no duró más de cuatro años. Sin embargo, su recuerdo perduró —el suyo, o más bien el de la Katherine imaginada e idealizada por Philip Stubbes—, como modelo de la perfecta mujer reformada, la esposa ideal, aquella a quienes las mujeres de la Nueva Iglesia debían imitar. Así, su ejemplo (y el de otras mujeres piadosas como ella) vino a llenar el vacío que, tras el fin del catolicismo en Inglaterra, habían dejado los santos.

Pero si bien Katherine Stubbes rechazaba al mundo y las cosas materiales, criticando con sus palabras y su ejemplo los comportamientos propios del capitalismo incipiente, es cuanto menos irónico que su autobiografía llegase a ser en un éxito de ventas y, por tanto, un objeto de consumo. *A crystal glass* se convertía así en parte de aquello que censuraba. Este hecho, sumado a los datos que ya hemos expuesto anteriormente acerca del autor, contribuye a cimentar la opinión de que el comportamiento de Stubbes estaba en ocasiones marcado por cierta ambigüedad que sus coetáneos entendían de hipocresía. Parece fuera de toda duda que el interés económico era una de las principales motivaciones de Stubbes a la hora de escribir, no obstante, no por ello hemos de concluir que sus convicciones religiosas fuesen inexistentes: en realidad, no podemos del todo separar sus esfuerzos por redactar textos comerciales, de su empeño por adoctrinar y salvar las almas de sus lectores. La naturaleza dual de autor queda manifiesta, siendo retratado como escritor profesional y como puritano preocupado por la moral, sin que ninguna de estas facetas pueda ser considerada por encima de la otra, en vista de lo que conocemos de su vida, su obra y de lo competitivo del mundo editorial de su época.

En resumen, en el presente trabajo hemos concluido, en rasgos generales, los siguientes puntos:

- 1) La dualidad de Philip Stubbes como puritano y como escritor profesional.
- 2) Los rasgos más significativos que constituían el modelo de mujer ideal reformada que, como hemos puesto de manifiesto, la Katherine Stubbes literaria encarnaba, a medio camino entre María y Marta de Betania.

- 3) La vida misma de Katherine, ejemplo de vida de su tiempo. Casada por concierto matrimonial, a corta edad, algo más temprano que las mujeres de su época, fallecería en el sobrepeso, como tantas otras madres.
- 4) La existencia de semejanzas entre el modelo de mujer reformada y el de *la perfecta casada* de Fray Luis de León, así como de notables diferencias entre ambos, ya señaladas, y proyectadas, básicamente, a diferencias marcadas, no por los valores patriarcales y caballerescos sino religiosos. Allí donde no habría religiosas, habría Katherines.

En cualquier caso, más allá de si consideramos o no *A crystal glass for Christian women* como un testimonio real de la vida de Mrs. Stubbes, debemos apreciar este texto más por el efecto que perseguía en sus lectores y por su valor como testimonio de la sociedad de su tiempo que por su autenticidad, dada su contribución al estudio de la Historia de Género, que no sería lo mismo de no contar con los ejemplos de las *buenas mujeres* enaltecidas e inmortalizadas en los escritos de los hombres. Mujeres cuyas biografías idealizadas se conocieron y se editaron, como verdaderos best-sellers.

Mujeres como Katherine.

6. BIBLIOGRAFÍA

- BRAYMAN HACKEL, H. Y KELLY, C. E. (Eds.): *Reading Women: Literacy, Authorship, and Culture in the Atlantic World, 1500 – 1800*; Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2008.
- CANDAU, M.L. (Ed): *Las mujeres y el honor en la Europa moderna*; Huelva, Universidad de Huelva, 2014.
- DINAN, S. Y MEYERS, D. (Eds.): *Mujeres y Religión en el Viejo y en el Nuevo Mundo en la Edad Moderna*; Madrid, Narcea, 2002.
- EGIDO LÓPEZ, T.: *Las Reformas Protestantes*; Madrid, Editorial Síntesis, 1992.
- FLORISTAN, A. (coord.): *Historia Moderna Universal*; Barcelona, Ariel, 2002.
- LASLETT, P., *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*; Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- MASCUCH, M.: *The Origins of the Individualist Self: Autobiography and Self-Identity in England, 1591-1791*; Cambridge, Polity Press, 1997.
- MELNIKOFF, K. Y GIESKES, E.: *Writing Robert Greene: Essays on England's First Notorious Professional Writer*; Hampshire, Ashgate Publishing, 2008.
- STONE, L.: *Familia, Sexo y Matrimonio en Inglaterra 1500-1800*; México D. F., Fondo de Cultura Económica México, 1990.
- WALSHAM, A.: "Stubbes, Philip (b. c.1555, d. in or after 1610), pamphleteer"; Oxford; Oxford University Press; 2004.

- ZAGORIN, P.: *Revoluciones y revueltas en la Edad Moderna*; Madrid, Cátedra, 1986.

7. ANEXOS

Como anexos de este trabajo, incluimos en primer lugar la transcripción de la primera parte de *A crystal glass*, y en segundo lugar su traducción. Consideramos absolutamente necesario que estos documentos formen parte del presente estudio, ya que son la base del mismo y su elaboración una de las tareas principales que hemos llevado a cabo. Por tanto, resultan fundamentales e indispensables a la hora de evaluar este trabajo. Respetamos la grafía del original, según la edición inglesa de 1592. (R. Jhones, Londres)

TRANSCRIPCIÓN:

A CHRISTAL GLAS FOR CHRISTIAN WOMEN:
WHEREIN, THEY MAY SEE A MOST WONDERFULL AND RARE EXAMPLE OF
A RIGHT VERTUOUS LIFE AND CHRISTIAN DEATH: AS BY THE DISCOURSE
FOLLOWING MAY APPEARE.

“Her godly life”

Calling to remembrance (most Christian reader) the final end of mans creation, which is to glorifie God, and to edifie one another in the way of true godlinesse, I thought it my duty as well in respect of the one, as in regarde of the other, to publith this rare and wonderfull example of the bertuous life, and Christian death of Mistress Katherine Stubbes, who while she lived, was a myrrour of womanhood, and now being dead, is a perfect patterne of true Christianity. She was descended of honest and wealthie parents. Her father had borne diverse offices of worship in his companie, amongst whom he lived in good account, credit and estimation all his days: he was zealous in the truth, and of a sound religion. Her mother was a dutch woman, both discreete and wife of singular good grace and modestie, and which did most of all adorne her, she was both religious and also zealous. This couple living together in the city of London certaine years, it pleased God to bless them with Children, of whom this Katherine was youngest save one. But as she was youngest save one by course of nature: so was she not inferior to any of the rest, or rather farre excelled them all without comparison. At 15 yeares of age (her father being dead) her mother bestowed her in marriage to one Maister Philip

Stubbes, with whom she lived four years and almost a half, very honestly and godly, with rare commendations of all that knew her, as well for her singular wisdom as also for her modesty, courtesie, gentleness, affability and good government. And above all, for her fervent zeale which she bare to the truth, wherein she seemed to surpass many: in so much, as if she chanced at any time to be in place where either Papist or Atheist were, and heard them talk of Religion, of what countenance or credit soever they seemed to be, she would not yield a iota, nor give place onto them at all, but would most mightily iustifie the truth of God, against their blasphemous untruths, and convince them, yea, and confound them by the testimonies of the word of God. Which thing how could it be otherwise?: for her whole heart was bent to seeke the Lord, her whole delight was to be conversant in the scriptures, and to meditate upon them day and night: in so much that you could seldom or never have come into her house, and have found her without a bible, or some other good booke in her hands. And when she was not reading, she would spend the time in conferring, talking and reasoning with her husband of the word of God, and of religion: asking him, what is the sense of this place, and what is the sense of that: How expound you this place, and how expound you that: what observe you of this place, and what observe you of that: so that she seemed to be as it were, ravished with the same spirit that David was, when he said: The zeale of thy house hath eaten me up. She followed the commandement of our savior Christ who biddeth us to search the scriptures for in them we hope to have eternal life. She obeyed the commandement of the Apostle, who biddeth women to be silent, and to learn of their husbands at home. She would suffer no disorder of abuse in her house, to be either unreprieved or unreformed. And so gentle was she and courteous of nature, that she was never heard to give any the lie in all her life, nor so much as to (thou) any in anger. She was never knowne to fall out with any of her neighbours, nor with the least child that lived, much less to scold or brawl, as many will nowadays for every trifle, or rather for no cause at all: and so solitary was she given, that she would berie seldome or never, and that not without great constraint (and than not neither, except her husband were in companie) goe abroad with any, either to banquet or feast, to gossip or make merry (as they tearme it) in so much that she hath been noted to do it in contempt and disdain of others.

When her husband was abroad in London or elsewhere, there was not the dearest friend she had in the world that could get her abroad to dinner or supper, or to any disports, places, interludes or pastimes whatsoever: neither was she given to pamper her body

with delicate meats, wines or strong drinks, but rather refrained them altogether, saying, that we should eat to live, and not live to eat. And as she excelled in the gift of sobriety, so she surpassed in the virtue of humility. For it is well knowne to divers yet living, that she bitterly abhorred all kind of pride both in apparel and otherwise. She could never abide to hear any filthy or unseemly talk of scurrilitie, bawdy or uncleanness, neither swearing or blaspheming, curling or banning, but would reprove them sharply, showing them the vengeance of GOD due for such deserts. And which is more, there was never one filthie, unclean, undecent or unseemly word heard to come forth of her mouth, nor ever once to curse or ban, to swear or blaspheme God any maner of way: but always her speaches were such, as both might glorifie God, and minister grace to the bearers, as the Apostle speaketh. And for her conversation, there was never any man or woman that ever opened their mouths against her, or that ever either did or could once accuse her of the least shadow of dishonesty, so continently she lived, and so circumspectly she walked, eschewing even the very outward appearance or shewe of evil.

Again, for true love and loyalty to her husband, and his friends, she was (let me speak it whitout offence) I think, the rarest Parangon in the world: for she was so far of from dissuading her husband to be beneficial to his friends, that she would rather persuade him to be more beneficial to them. As she saw her husband merry, then she was merry: if he were sad, she was sad: if he were heavy or passionate, she would endeavour to make him glad: if he were angry, she would quickly please him, so wisely she demeaned herself towards him. She would never contrarie him in anything, but by wise counsaile, and sage advice, with all humilitie, and submission, seeke to persuade him. And so little given was she to this world, that some of her neighbours marvailing why she was no more carefull of it, would ask her sometimes saying: Mistress Stubbes, why are you no more carefull for the things of this life, but sit allways poring uppon a Booke, and reading?: to whom she would answer: if I should be a friend unto this world, I should be an enemy to GOD: for GOD and the world are two contraries. John (SIC)³³ biddeth me, love not the world, nor any thing in the world: affirming, that if I love the world, the love of the father is not in me. Again, Christ biddeth me, first seeke the kingdom of heaven, and the righteousness thereof, and then all these wordly things shall be given to me. Godlines is great riches, if a man be content with that that he hath. I have chosen with good Mary, the better part, which shall never be taken from me.

³³ Suponemos ser una errata del autor, y referirse a JHS (Jesús) o bien, dada la claridad del texto, ser una referencia a Juan el Evangelista. Hemos respetado el original.

God's treasure (she would say) is never drawne drie. I have enough in this life, God make me thankful, and I know I have but a short time to live here, and it standeth me upon to have regard to my salvation in the life to come. Thus, the godly young Gentlewoman held on her course three or four yeares after she was married: at which time it pleased God that she conceived with a man childe: after which conception she would say to her husband, and many other her good neighbours and friends yet living, not once, nor twice but many times, that she should never bear more children: that, that child should be her death, that she should live but to bring that child into the world. Which things (no doubt) was revealed unto her by the spirit of God, for according to her prophecie so it came to pass.

The time of her account being come, she was delivered of a goodly man child, with as much speed and as safely in all womens iudgements, as any could be. And after her deliverie, she grew so strong, that she was able within four or five days to sit up in her bed, and to walk up and down her chamber, and within a fortnight to go abroad in the house, being thoroughly well, and past all danger as everyone thought. But presently upon this sodaine recovery, it pleased God to visit her again, with an extreme hot and burning quotidian Ague, in which sickness she languished for the space of five weeks or thereabouts, During all which time, she was never seen nor perceived to sleep one hour together, neither night nor day, and yet the Lord kept her (which was miraculous) in her perfect understanding, sense and memory, to the last breath, praised be his holy name therefore. In all her sickness, which was both long and grievous, she never showed any sing of discontentment or of impatiency: neither was there ever heard one word come forth of her mouth sounding either of desperation or infidelity: of mistrust or distrust or of any doubting or wavering, but always remained faithfull and resolute in her God. And so delirous was she to be with the Lord, that these golden sentences were never out of her mouth. I believe to be dissolved and to be with Christ. And, oh miserable wretch that I am, who shall deliver me from this body subieet to sinne?: come quickly Lord Jesus, come quickly. Like as the hart desired the water springs, so dooth my soul thirst after thee, God. I had rather be a doore keeper in the house of my God, than to dwell in the tents of the wicked: with many other heavenly sentences, which (least I should seeme tedious) I willingly omit. She would alwayes pray in her sickness absolutely, that God would take her out of this miserable world: and when her husband and others would desire her to pray for health, if it were the will of God: she would answer, I beseech you pray not that I should live, for I think it long to be with my God. Christ is

to me life, and death is to me advantage. I cannot enter into life but by death, and therefore is death the door or entrance into everlasting life to me. I know and am certainly persuaded by the spirit of God, that the sentence of my death is given already by the great Judge, in the court or parliament of heaven, that I shall now depart out of this life: and therefore pray not for me, that I might live here, but pray to God to give me strength and patience, to persevere to the end, and to close up my eyes in a justifying faith in the blood of my Christ. Sometimes she would speak very softly to herself, and sometimes very audibly these words, doubling them a hundred times together. Oh my good God, why not now?: Why not now, oh my good God?: I am ready for thee, I am prepared, oh receive me now for thy Christ's sake. Oh send thy messenger death to fetch me, send thy sergeant to arrest me, thy pursuivant to attach me, thy herald to summon me, oh send thy Saviour to deliver my soule out of prison, for my body is nothing else but a thinking prison to my soul. Oh send thy holy Angels to conduct my soule into the everlasting kingdome of heaven. Other sometimes she would lie as it were in a slumber, her eyes closed and her lips uttering these words very softly to herself: oh my sweet Jesus, oh my love Jesus, why not now?: sweet Jesus why not now?: Oh sweet Jesus, pray for me, pray for me, sweet Jesus, repeating them many times together. These and infinite the like were her dayly speeches, and continuall meditations: and never worser word was there heard to come forth of her mouth during all the time of her sicknesse. She was accustomed many times as she lay, berie suddenly to fall into a sweet smiling, and sometimes into a most heartie laughter, her face appearing right faire, redde, amiable and lovely: and her countenance seemed as though she greatly reioyced at some glorious sight. And when her husband would ask her why she smiled and laughed so: she would say: if you saw such glorious visions, and heavenly sights as I see, you would reioyce and laugh with me: for I see a vision of the joys of heaven and the glory that I shall go too: and I see infinite millions of Angels attendant upon me, and watching over me, ready to carry my soule into the kingdome of heaven. In regard whereof, she was willing to forsake her selfe, her husband, her childe and the world besides. And so calling for her child, which the nurse brought unto her, she took it in her arms, and kissing it, said: God bless thee, my sweet babe, and make thee an heire of the kingdome of heaven: and kissing it againe, delivered it to the nurse, with these wordes to her husband standing by. Beloved husband, I bequeath this my child unto you, he is no longer mine, he is the Lord's and yours, I forsake him, you and all the world, yea, and my own selfe, and steeme al things dung that I may win Jesus Christ.

And I pray you sweet husband bring up this childe in good letters, in learning and discipline, and above all things, see that he be brought up and instructed in the exercise of true religion.

The childe being taken away, she espied a little Puppie or Bitch (which in her life time she loved well) lying upon her bed: she had no sooner espied her, but she beat her away, and calling her husband to her, sayd: Good husband, you and I have offended God grievously in receiving this bitch many a time into our bed, we would have been loth to have received a Christian soul, purchased with the precious blood of Jesus Christ, into our bed, and to have nourished him in our bosoms, and fed him at our table, as we have done this filthie cur many a time: the lord give us grace to repent for it and al other vanities. And afterwards could she never abide to looke upon the Bitch any more. Having thus godly disposed of all things, she fell into an creasie, or into a traunce, or swoon, for the space almost of a quarter of an houre, so as everyone thought she had been dead. But afterward shee coming to her self spake to them that were present (as there were many both worshipful and others) saying. Right worshipful and my good neighbours and friends, I thanke you all for the great paines you have taken with me, in this bed of my sicknes: and whereas I am not able to requite you, I beseech the Lord to reward you in the kingdome of heaven. And for that my houre-glasse is run out, and that my time of departure hence is at hand, I am persuaded for three causes to make a confession of my faith, before you all. The first cause that moveth me hereto is, for that those (if there be any such here) that are not thoroughly resolved in the truth of God, may hear and learn what the spirit of God hath taught me out of his blesses and all saving word. The second cause that mooveth me is for that none of you should judge that I died not a perfect christian and a lively member of the mystical body of Jesus christ, and so by your rash judgement might incurre the displeasure of God. The third and last cause, is for that, as you have been witnesses of part of my life: so you might be witnesses of my faith and beleve also. And in this my confession, I would not have you to thinke, that it is I that speak unto you, but the spirit of God which dwelleth in me, and in all the elect of God, unless they be reprobates: for Paul faith. If anyone have not the spirite of Christ dwelling in him, he is none of his. This blessed spirit had knocked at my dore of my heart, and God hath given me grace to open the doore unto him, and he dwelleth in me plentifully. And therefore I pray you give me pacience a little, and imprint my words in your hearts, for they are not the words of flesh and blood, but of the spirite of God, by whom we are sealed to the day of redemption.

TRADUCCIÓN:

UN ESPEJO PARA LAS MUJERES CRISTIANAS:
EN DONDE ELLAS PUEDAN VER UN MARAVILLOSO Y RARO EJEMPLO DE
UNA VIDA CORRECTA Y VIRTUOSA Y UNA MUERTE CRISTIANA: COMO
POR EL SIGUIENTE DISCURSO PUEDA PARECER.

“Su piadosa vida”

Conmemorando (muy cristiano lector) la finalidad última de la creación del hombre, la cual es glorificar a Dios, y edificarse los unos a los otros en la manera de la verdadera devoción, consideré que era mi deber, respetando la primera y preocupado por la segunda, el publicar este ejemplo maravilloso y poco común de la virtuosa vida y muerte cristiana de la señora Katherine Stubbes, quien mientras vivió fue un espejo de femineidad, y ahora estando muerta es un perfecto modelo de verdadero Cristianismo.

Ella descendía de honestos y acaudalados padres. Su padre había corrido con los gastos de diversas oficinas de culto en su compañía, entre quienes vivió en buena consideración, prestigio y estima todos sus días: él era comprometido con la verdad y de sólida religión. Su madre era una mujer holandesa, tanto discreta como esposa de singular gracia y modestia, y lo que más la embellecía: era religiosa y también fervorosa. Habiendo vivido junta esta pareja en la ciudad de Londres durante algunos años, complació a Dios el bendecirles con hijos, de los que Katherine era la más joven excepto por uno. Pero así como ella era la más joven menos por uno por el curso de la naturaleza, no era ella inferior al resto, sino que los sobrepasaba a todos ellos. Con quince años de edad (siendo su padre fallecido) su madre la entregó en matrimonio al señor Philip Stubbes, con quien ella vivió durante cuatro años y casi medio, muy honesta y piadosamente, con alabanzas de todos aquellos que la conocían, por su sabiduría singular y por su modestia, cortesía, dulzura, afabilidad y buen gobierno (de su casa). Y por encima de todo, por el fervoroso celo con el que ella descubría a la verdad, en lo que parecía sobrepasar a muchos: tanto que, si por casualidad se encontrase en algún momento en el mismo lugar donde estuviese un papista o un ateo, y les oyese hablar de Religión, sin importar lo meritorios que pareciesen ser, ella no cedería ni un ápice, ni cedería ante ellos en absoluto, sino que aun más poderosamente

justificaría la verdad de Dios, contra sus mentiras blasfemas y les convencería y derrotaría con los testimonios de la palabra de Dios. ¿Cómo podía ser de otra manera?: pues todo su corazón estaba inclinado a buscar al Señor, toda su alegría era el estar versada en las Escrituras, y meditar sobre ellas día y noche: tanto que raramente o nunca podías haber entrado en su casa y haberla encontrado sin una Biblia, o algún otro buen libro en sus manos. Y cuando ella no estaba leyendo, pasaba el tiempo consultando, hablando y razonando con su marido sobre la palabra de Dios y la religión, preguntándole: ¿Cuál es el sentido de esto? ¿Y cuál es el sentido de eso? ¿Cómo explicas esto? ¿Y cómo explicas eso? ¿Qué opinas de esto y qué opinas de eso? Por lo que parecía como si de ella se hubiese apoderado el mismo espíritu que lo hizo de David, cuando él dijo: el fervor de tu casa me ha consumido. Ella seguía el mandato de nuestro salvador Cristo, que nos ordenaba buscar en las Escrituras, pues en ellas tenemos la esperanza de hallar la vida eterna. Ella obedecía el mandato del Apóstol, quien ordenaba a las mujeres guardar silencio, y aprender de sus maridos en casa. Ella no sufriría desorden de abuso en su casa, ya fuera no reprobado o no reformado. Y tan apacible era ella, y amable por naturaleza, que nunca se la escuchó mentir en toda su vida, ni tan siquiera enfadarse. Nunca se supo de ella que discutiera con ninguno de sus vecinos, ni con el más pequeño de los niños que vivió, mucho menos reñir o pelear, como muchos hacen hoy en día por cualquier nimiedad, o más bien sin causa alguna. Y tan inclinada estaba ella a la soledad, que muy raramente o nunca, y no sin gran apremio (y tampoco, a menos que su marido estuviese en compañía), iba fuera con nadie, ya fuese a un banquete o a un festín, a chismorrear o celebrar (como lo llaman), en tanto que era notorio que ella lo hacía con desprecio y desdén.

Cuando su marido estaba fuera en Londres o en otra parte, ni su más querido amigo en el mundo podía conseguir que saliera a cenar o a comer, o a ningún entretenimiento, lugar, interludio o pasatiempo. Tampoco era ella dada a mimar su cuerpo con delicadas carnes, vinos o bebidas fuertes, sino que se abstenía por completo, diciendo que debemos comer para vivir y no vivir para comer. Y así como ella destacaba en el don de la sobriedad, también sobresalía en la virtud de la humildad. Es bien conocido por bastantes que aún viven, que ella amargamente aborrecía todo tipo de orgullo, tanto en cuanto a la vestimenta como en cualquier otra forma. No podía soportar escuchar cualquier conversación sucia o indecorosa o grosera, obscena o impura, ni oír blasfemar o pronunciar palabras soeces o maldecir, sino que los reprendía rápidamente, mostrándoles la venganza justa de Dios. Y lo que es más, nunca hubo una palabra sucia,

impura, indecente o indecorosa que se escuchara salir de su boca, ni una vez para maldecir, jurar o blasfemar a Dios de ninguna manera o forma. Sus discursos eran siempre para glorificar a Dios y dar gracia a los portadores, como habló el Apóstol. Y por su conversación, nunca hubo un hombre o una mujer que abriese su boca contra ella, o que alguna vez la acusase o pudiera acusarla de la menor sombra de deshonestidad, así de contenida vivía, y así de prudentemente caminaba, evitando incluso la apariencia o muestra de maldad.

De nuevo, por amor verdadero y lealtad a su marido, y a sus amigos, ella era (permítame hablar sin hacer ofensa) creo, el más poco común Parangón en el mundo: puesto que ella estaba lejos de disuadir a su marido de beneficiar a sus amigos, sino que más bien ella le persuadiría para que les beneficiase más. Sí veía a su marido alegre, entonces ella estaba alegre: si él estaba triste, ella estaba triste: si él estaba colérico, ella se esforzaba en que hacerle feliz: si él estaba enfadado, ella rápidamente le complacía, tan prudentemente se comportaba con él. Ella nunca le contrariaba en nada, sino que con sabio consejo y aviso sagaz, con toda humildad y sumisión, buscaba persuadirle. Y tan poco inclinada estaba ella hacia este mundo que algunos de sus vecinos le preguntaban a veces diciendo: Señora Stubbes, ¿por qué no es más cuidadosa con las cosas de esta vida, sino que está siempre sentada ojeando un libro y leyendo? A lo que ella contestaba: Si yo fuese una amiga de este mundo, sería una enemiga de Dios: pues Dios y el mundo son dos opuestos. John³⁴ me ha ordenado, no ames al mundo, ni a ninguna de las cosas en el mundo: afirmando, que si yo amo el mundo, el amor del padre no está en mí. De nuevo, Cristo me ordena, primero busca el reino de los cielos y su virtud, y entonces todas estas cosas mundanas me serán dadas a mí. La piedad es una gran riqueza, si un hombre se contenta con lo que tiene. Yo he elegido como la buena María, la mejor parte, que nunca me será arrebatada. El tesoro de Dios (diría ella) nunca es dibujado seco. Tengo suficiente en esta vida, Dios me hace agradecida, y sé que no tengo más que un corto tiempo para vivir aquí, y ello me hace mantenerme alerta para atender a mi salvación en la vida que está por venir. Así, la joven dama piadosa mantuvo su rumbo por tres o cuatro años después de haberse casado, momento en el que agradó a Dios el que concibiese un hijo: después de cuya concepción ella diría a su marido, y a otros muchos de sus buenos vecinos y amigos que aún viven, no una ni dos, sino muchas veces, que ella nunca volvería a tener más hijos: que ese hijo debía ser su

³⁴ Vid. Nota 33.

muerte, que ella debía vivir solo para traer a ese niño al mundo. Dichas cosas (sin duda) le fueron reveladas a ella por el espíritu de Dios, pues de acuerdo a su profecía, así sucedió.

Habiendo llegado el momento de su relato, ella dio a luz a un hijo varón, con tanta rapidez y de la manera más segura en que podría haberlo hecho, a juicio de todas las mujeres. Y después del parto, ella se encontraba tan fuerte, que en cuatro o cinco días fue capaz de sentarse en su cama, y caminar arriba y abajo por su habitación, y en una quincena de salir de la casa, estando completamente bien, y habiendo pasado ya todo peligro según pensó todo el mundo. Pero pronto sobre esta repentina recuperación, satisfizo a Dios el visitarla de nuevo, con una extremadamente ardiente fiebre, en cuya enfermedad ella languideció por espacio de unas cinco semanas. Durante todo ese tiempo, ella nunca fue vista ni fue percibida durmiendo una hora seguida, ni de noche ni de día, y aun así el Señor la mantuvo (lo cual fue milagroso) con perfecto entendimiento, sentido y memoria, hasta su último aliento, alabado sea su santo nombre por ello.

Durante toda su enfermedad, que fue a la vez larga y penosa, ella nunca mostró ningún signo de descontento o de impaciencia: tampoco se oyó de su boca una palabra que sonase de desesperación o de falta de fe: de desconfianza o recelo o de cualquier duda o vacilación, sino que siempre se mantuvo fiel y resoluta en su Dios. Y tan delirante estaba ella por estar con el Señor, que esas frases piadosas nunca estaban fuera de su boca. Creo estar disuelta y estar con Cristo. Y, oh, miserable desdichada que soy, ¿quién me librerá de este cuerpo sujeto al pecado? Ven rápido, Señor Jesús, ven rápido. Al igual que un ciervo desea los manantiales de agua, así tiene mi alma sed de ti, Dios. Preferiría guardar la puerta en la casa de mi Dios, que habitar en las moradas de los impíos: con muchas otras frases celestiales que (para no parecer tedioso) omitiré voluntariamente. Ella siempre rezaba en su enfermedad para que Dios la llevase de este mundo miserable: y cuando su marido y otros deseaban que ella rezase para pedir salud, si era voluntad de Dios, ella respondía: Os ruego que recéis no porque yo viva, porque creo que no queda mucho para que esté con mi Dios. Cristo es para mí vida, y la muerte es un beneficio para mí. No puedo entrar en la vida sino a través de la muerte, y por lo tanto es la muerte la puerta y entrada a la vida eterna para mí. Yo sé y estoy convencida por el espíritu de Dios, de que la sentencia de mi muerte ya ha sido dada por el gran Juez, en la corte o parlamento del cielo, que yo debo ahora partir de esta vida: y por lo tanto no recéis por mí, para que yo viva aquí, sino rezad a Dios para que me de fuerzas

y paciencia, para perseverar hasta el final, y para cerrar mis ojos en una fe justificadora en la sangre de mi Cristo. A veces ella hablaba en voz muy baja para sí misma, y a veces muy audiblemente estas palabras, duplicándolas cien veces juntas. Oh mi buen Dios, ¿por qué no ahora? ¿Por qué no ahora, oh mi buen Dios? Estoy lista para ti, estoy preparada, oh recíbeme ahora, en nombre de Cristo. Oh envía a tu mensajera la muerte a buscarme, a tu sargento a arrestarme, tu perseverante a sujetarme, tu heraldo a convocarme, oh envíame a tu Salvador para entregar a mi alma fuera de prisión, pues mi cuerpo no es más que una prisión pensante para mi alma. Oh envía tus santos Ángeles para conducir mi alma al eterno reino de los cielos. Otras veces ella estaba como soñando, con los ojos cerrados y los labios pronunciando estas palabras muy suavemente para sí misma: oh mi dulce Jesús, oh mi amor Jesús, ¿por qué no ahora? Dulce Jesús, ¿por qué no ahora? Oh dulce Jesús, reza por mí, reza por mí, dulce Jesús, repitiéndolas muchas veces seguidas. Este y otros similares e infinitos eran sus discursos diarios y su continua meditación, y nunca se escuchó que saliese de su boca una palabra que fuese peor que estas durante todo el tiempo de su enfermedad.

Ella acostumbraba muchas veces mientras yacía a caer repentinamente en un sonreír dulce, y a veces en una abundante risa, su rostro apareciendo hermoso, sonrosado, amable y encantador: y por su semblante parecía que ella estaba presenciando algún espectáculo glorioso. Y cuando su marido le preguntaba por qué sonreía y reía, ella decía: si tu vieses visiones tan gloriosas y celestiales como yo veo, te alegrarías y reirías conmigo: porque veo una visión de las alegrías del cielo y la gloria hacia la que también iré, y veo infinitos millones de Ángeles presentes sobre mí, y velando por mí, listos para llevar mi alma al reino de los cielos. Por lo cual ella estaba dispuesta a renunciar a sí misma, su marido, su hijo y además el mundo. Y así, llamando a su hijo, que la matrona trajo hasta ella, ella lo tomó en sus brazos y, besándolo, dijo: Dios te bendiga, mi dulce bebé, y te haga heredero del reino de los cielos. Y besándolo otra vez, se lo entregó a la matrona, con estas palabras a su marido que estaba allí de pie. Amado esposo, te lego este mi hijo a ti: él ya no es mío, él es del Señor y tuyo. Yo renuncio a él, a ti y al mundo y a mi propio ser, y a la estima de todas las cosas hechas para que yo pueda ganar a Jesucristo. Y te ruego dulce esposo que críes a este niño en las buenas letras, en el aprendizaje y la disciplina, y sobre todas las cosas, asegúrate de que sea criado e instruido en el ejercicio de la verdadera religión.

Habiendo sido llevado el niño, ella notó la presencia de un pequeño cachorro o perrita (a la cual durante su vida quiso bien) tumbada sobre su cama. En cuanto la vio, la golpeó

para que se fuera y, llamando a su esposo, dijo: Buen esposo, tú y yo hemos ofendido gravemente a Dios al recibir a esta perra muchas veces en nuestra cama, hubiéramos sido reacios a recibir un alma cristiana, procurada con la preciada sangre de Jesucristo, en nuestra cama, y de haberla nutrido en nuestros pechos, y darle de comer en nuestra mesa, como hemos hecho con este sucio chucho muchas veces: el Señor nos de la gracia para arrepentirnos por ello y por el resto de vanidades. Y después ella ya no podía tolerar el mirar a la perrita más. Habiendo dispuesto piadosamente de todas las cosas, ella cayó en un trance o desvanecimiento por espacio de casi un cuarto de hora, de forma que todo el mundo pensó que había muerto. Pero después, volviendo en sí, ella habló a quienes estaban presentes (ya que había muchos) diciendo. Justos merecedores y mis buenos vecinos y amigos, os agradezco a todos por los grandes esfuerzos que habéis hecho conmigo, en esta cama de mi enfermedad, y mientras que yo no soy capaz de recompensároslo, ruego al Señor que os recompense en el reino de los cielos. Y porque mi reloj de arena se ha agotado, y por lo tanto mi hora de partir está próxima, estoy persuadida por tres razones para hacer una confesión de fe, ante todos vosotros. La primera razón que me mueve a esto es, que aquellos (si hubiese alguno aquí) que no estén plenamente convencidos de la verdad de Dios, puedan escuchar y aprender lo que el Espíritu de Dios me ha enseñado con su bendita y salvadora Palabra. El segundo motivo que me mueve es que ninguno de vosotros deba juzgar que no morí como una perfecta cristiana y un vivaz miembro del cuerpo místico de Jesucristo, y que por un juicio imprudente podáis incurrir en la desaprobación de Dios. La tercera y última razón es que, así como habéis sido testigos de parte de mi vida, podáis ser también testigos de mi fe y creencias. Y en esta mi confesión, no quiero que penséis que soy yo la que os habla a vosotros, sino que es el espíritu de Dios que mora en mí, y en todos los elegidos de Dios, a menos que sean reprobados: por la fe de Pablo. Si alguno no tiene al espíritu de Cristo morando en él, él no es nada suyo. Este bendito espíritu ha llamado a la puerta de mi corazón y Dios me ha dado la gracia para abrirle la puerta, y él mora en mí plenamente. Y por lo tanto, os ruego un poco de paciencia y que grabéis mis palabras en vuestros corazones, pues no son palabras de carne y sangre, sino del espíritu de Dios, por el cual estamos sellados hasta el día de la redención.